

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

MONOXIDO DE CARBONO

Lou Carrigan



Los agentes del FBI Timothy Carroll y Patrick Bassey estuvieron contemplando el avión procedente de San Francisco hasta que el poderoso aparato se detuvo definitivamente en la zona de desembarco de pasajeros del Aeropuerto Internacional de Honolulu.

Entonces, se miraron, sonrieron, y el primero dijo:

—Vamos allá.

—Podríamos verlo desde aquí —objetó Bassey—. Así captaríamos mejor su aspecto general. De cerca no se ve tan bien a una persona.

—¿Y para qué quieres verlo en su aspecto general? Se sorprendió Carroll.



Lou Carrigan

Monóxido de carbono

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1431

ePub r1.0

Lds 24.11.18

Título original: *Monóxido de carbono*

Lou Carrigan, 1978

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Los agentes del FBI Timothy Carroll y Patrick Bassey estuvieron contemplando el avión procedente de San Francisco hasta que el poderoso aparato se detuvo definitivamente en la zona de desembarco de pasajeros del Aeropuerto Internacional de Honolulu.

Entonces, se miraron, sonrieron, y el primero dijo:

—Vamos allá.

—Podríamos verlo desde aquí —objetó Bassey—. Así captaríamos mejor su aspecto general. De cerca no se ve tan bien a una persona.

—¿Y para qué quieres verlo en su aspecto genera? Se sorprendió Carroll.

—Bueno... Supongo que habrá cambiado bastante.

La sorpresa de Carroll se convirtió en pasmo total.

—¿Cambiado? ¿El? Vamos, Pat, no digas tonterías.

—Hace casi dos años que se fue a Estados Unidos. Una persona cambia en dos años.

—Bueno —sonrió ahora Carroll—. Una persona si cambia, aunque sólo sea en dos años. Pero él no cambia. Lo veremos igual que si hubiese estado este tiempo metido en una vitrina de conservación... Todo lo más, se habrá comprado otro traje, y, desde luego, no estará tan bronceado. Pero eso será todo. Y además, voy a hacerte una apuesta.

—¿Cuál?

—Cuando nos vea, ni siquiera alzaré las cejas para mostrar cuando menos una cierta sorpresa que le causa placer. Nos dará la mano, o algo así, y nos dirá: «Hola, Tim, Pat... ¿Qué hay, chicos?». ¿Qué? ¿Apuestas?

—Van cinco dólares.

—Ya soy rico —sonrió anchamente Carroll—. Anda, vamos.

Poco después, estaban ante la salida que, según los altavoces, utilizarían los pasajeros llegados en el vuelo 206 procedente de San Francisco, mirando a través de las cristaleras. Y, desde luego, no tuvieron que esforzarse mucho en verlo, porque la cabeza del pasajero que estaban esperando sobresalía por encima de los demás con nitidez total. Y no sólo por la superior estatura del hombre, sino por sus rubios cabellos. Rubios de verdad, es decir, poco menos que amarillos. Una cabellera sorprendente en verdad, muy a tono con el aspecto general del sujeto que merecía la atención de los dos

g-men

, que, finalmente, conseguida su maleta en la cinta transportadora, se dirigió hacia la salida.

Si su cabellera resultaba sorprendente, sus ojos aún le eran más, en pasmoso y chocante contraste debido a su color absolutamente negro; parecían dos manchas de tinta china en las que se reflejaban una inteligencia y una percepción absolutamente fuera de lo corriente en un ser humano. En realidad, casi resultaba molesto estar bajo aquella especie de objetivos fotográficos; molestia que aumentaba al ser siempre contemplado desde arriba, desde las formidables alturas de aquella cabeza rubia.

—Ya nos ha visto —susurró Bassey.

—Pues no debe hacer tiempo de eso ni nada —aceptó Tim Carroll—. No me sorprendería que nos hubiese visto antes de bajar del avión. Lleva otro traje.

—Hombre, claro. En eso has acertado, pero no está menos bronceado: yo lo veo igual que siempre. A ver si es verdad que ha estado en una vitrina...

Rieron los dos, por lo bajo, y fueron al encuentro del recién llegado, el cual se detuvo, aceptó la mano que le tendía Timothy Carroll, luego la de Patrick Bassey, y dijo:

—Hola, Tim, Pat... ¿Tenéis un cigarrillo? Se me han terminado poco antes de que se encendiera la luz roja en el avión.

Riendo, Carroll tendió la mano derecha hacia Bassey, que, refunfuñando, sacó un billete de cinco dólares y lo entregó a su compañero, que fue quien, tras guardárselo, ofreció cigarrillos al recién llegado, mascullando:

—Demonios, Larry, me has hecho ganar cinco «pavos», pero creo

que podrías ser más expresivo.

Lawrence Lambert, agente especial del FBI, encogió los hombros.

—¿Más expresivo? ¿En qué y por qué?

—Caramba —refunfuñó Bassey—, hace casi dos años que no nos vemos, desde que te llamaron para trabajar en Washington, ¿no?

—Sí... Casi dos años. ¿Y...?

—Pues podrías por lo menos haber sonreído, o habernos abrazado, y exclamar que estás contentísimo de volver a pisar esta hermosa isla... No sé, algo así. ¿No te parece?

—Quizá. Pero no veo que vosotros me hayáis recibido con collares de flores de hibisco y cantando *Aloha, aloha*. Tampoco veo que hayáis contratado un grupo de chicas bailarinas para deleitarme con un baile. De todos modos —miró a uno y a otro, con el cigarrillo colgando entre los labios, y, de pronto, sonrió, y puso una mano sobre un hombro de cada uno—, os aseguro que estoy muy contento de veros.

—Pues podrías demostrarlo un poco. Cualquiera que ha presenciado nuestro encuentro habrá pensado que te fuiste ayer para regresar hoy.

—Eso quiere decir que nuestra amistad sigue tan idéntica como hace dos años. Y no me fastidiéis más: cada uno es como es, y a mí no me gusta andar por ahí dando exclamaciones. ¿Habéis traído coche, supongo?

—Hombre, no —farfulló Bassey—: hemos venido en bicicleta, si te parece.

—Llevaré tu maleta —la recogió Carroll, riendo—. ¿Cómo van las cosas en Washington? —Como siempre...

—Pues para que te enteres —siguió refunfuñando Bassey—, el jefe dijo que ya eres mayorcito para que se te venga a recoger, y que te las arreglases, que no iba el FBI a ocupar a dos hombres sólo para esperar a otro. Pero nosotros insistimos en venir a esperarte... Y tan tranquilo.

Larry Lambert volvió la cabeza hacia Carroll, y sonrió con evidente guasa.

—Pat es un muchacho excelente —dijo, guiñando un ojo—. Me está emocionando... Recuérdame que le compre un helado de chocolate.

—Se los ha prohibido su mamá —dijo Carroll—: por malo.

Se echaron a reír los tres. Y todavía reían cuando se acomodaron en el coche, Carroll al volante, y Lambert y Bassey en el asiento de atrás. El coche partió, y Larry Lambert, que iba mirando por la ventanilla, suspiró de pronto, y dijo:

—Sí señores, de verdad: me alegra mucho haber vuelto a Honolulu.

—Bien venido a Honolulu, Larry, muchacho —le tendió la mano Josuah Roger, inspector-jefe de la Delegación del FBI en esta ciudad—. No has cambiado nada: como una piedra. ¿Qué tal por Washington?

—Normal. Siempre mucho trabajo. Usted tampoco ha cambiado gran cosa, señor. Aunque quizá... Sí, quizá ha crecido un poco.

Roger se echó a reír, secundado por Carroll y Bassey, así era Larry Lambert: seco como una piedra, pero con salidas dotadas si no de cierto humor, sí al menos sorprendentes en él. Porque, ciertamente, suponer que un hombre de más de cincuenta años se ponga a crecer no parece muy razonable.

—No llega a la media pulgada —aceptó la broma Roger—. Nos alegramos mucho cuando nos dijeron que serías tú quien vendría.

—Era casi obligado. De todos los agentes disponibles para esta clase de trabajo, yo era el que conocía mejor Honolulu, y todas las Hawai, claro. Eso fue definitivo a la hora de la elección.

—Por un momento —murmuró Bassey—, por aquí pensamos que tú habías pedido el trabajo.

Larry Lambert movió negativamente la cabeza.

—Yo nunca pido nada al FBI, Pat: doy. Por otra parte, casi había conseguido ya un par de semanas de vacaciones para dentro de un par de meses, y había pensado venir a veros.

—¿De veras? —Respingó Bassey—. ¡Demonios, te estás humanizando, Larry!

—Algún defecto ha de tener —dijo Carroll.

Incluso Lambert rió esta vez. Roger le señaló uno de los sillones, se sentaron todos, y el jefe de la Delegación se quedó mirando al muy rubio

g-man.

—¿Vienes preparado para empezar a trabajar enseguida?

Lambert alargó la mano hacia su maleta, se la colocó sobre las rodillas con un simple gesto de muñeca, la abrió, y del fondo sacó

una carpeta, que tendió a su jefe.

—Todo el expediente de Antón Pulgarin... Fotocopias, claro. Y en cuanto usted me dé cuerda, me pongo a trabajar. Ahora mismo, si quiere, señor.

Josuah Roger no contestó, de momento. Tomó la carpeta, la abrió, y comenzó a examinar las fotocopias del expediente que en los archivos de Washington tenían sobre el espía soviético Antón Pulgarin, incluidas varias fotografías del ruso. Un hombre de rostro inteligente, atractivo, como de cuarenta años, o poco más.

En el expediente no había nada que no le hubiesen informado ya por teléfono directo hacía días a Roger, estaba todo más detallado, simplemente. El resumen era que Antón Pulgarin, agente de la MVD rusa, había sido siempre un hombre activo, con gran capacidad de operación, audaz, inteligente, y lleno de sorprendentes recursos: un auténtico y eficaz agente secreto. La nota a destacar en Antón Pulgarin era que, hacía algo más de un año había dejado de trabajar. Se había esfumado. Pero pronto, por absoluta y auténtica casualidad, uno de los agentes veteranos de la Delegación de Honolulu, que antes de estar destinado en esta ciudad había viajado lo suyo, lo había visto en Waikiki. Sorpresa, desconcierto, incredulidad incluso... ¿Realmente era Antón Pulgarin aquel sujeto deportista y sonriente?, un par de fotografías tomadas discretamente, y el envío de éstas a Washington, habían solucionado el problema: efectivamente... Antón Pulgarin La pregunta de Washington había sido: «¿Qué hace Pulgarin en Honolulu?». Respuesta de Honolulu: «No lo sabemos». Orden de Washington: «Manténganlo bajo estricto control: Lawrence Lambert de la Sección Especial de Contraespionaje, sale para Honolulu hoy mismo, llegará ahí procedente de San Francisco vuelo dos cero seis»...

Por fin, Josuah Roger alzó la vista de las fotocopias, y la fijó en Lambert, que había pedido otro cigarrillo.

—Eres bastante más joven que Pulgarin —musitó—. Pero, naturalmente, estoy convencido de que bajo la dirección de Clarence Hadaway te habrás convertido en un perfecto especialista en espionaje, aprovechando tus dotes naturales para ello. Sin embargo, insisto en lo de la edad: Antón Pulgarin es lobo viejo, Larry. Mucho cuidado con él.

—Me las arreglaré —dijo secamente Lambert—. ¿Qué han averiguado hasta el momento sobre él?

—Aquí se hace llamar Harry Rehbein, y por supuesto, debe tener todos sus documentos en regla. Ya sabes cómo se hacen estas cosas... Desde luego, no es que Pulgarin sea un agente... digamos fuera de serie, sino, simplemente, de los buenos. Y no hay que olvidar en ningún momento que los rusos han aprendido mucho. Normalmente, la aparición de Antón Pulgarin en Honolulu no me habría causado inquietud, pero el detalle de su desaparición anterior me ha mosqueado. Un agente soviético desaparece durante más de un año, no se tiene constancia de ningún trabajo suyo, no está en ninguna parte. Y de pronto, aparece en Honolulu. No me gusta.

Larry Lambert encogió los hombros.

—¿A qué se dedica? —preguntó.

—A nada. Tiene dinero, coche, un apartamento... Come, bebe, pasea, nada, va a pescar en lancha. Eso es todo. —¿Qué contactos se le conocen?

—Ninguno especial. Al menos, por lo que llevamos averiguado hasta ahora. Claro que, ya lo sabemos, un espía tiene miles de medios de estar en contacto con otras personas sin que nadie lo sospeche siquiera...

—Sí —sonrió Lambert—. Disponemos de muchos recursos.

Roger parpadeó. Bueno, allá tenía al buen Larry, que hasta hacía un par de años había estado a sus órdenes directas. De pronto, después de uno de los buenos trabajos de Lawrence Lambert, llega la orden de Washington, indicando que el agente especial en cuestión debe presentarse inmediatamente a Clarence Hadaway, el hombre que en el FBI dirige todos los servicios de espionaje y contraespionaje... y dos años después, Larry Lambert regresa a Hawaii, aparentemente igual que antes, al menos en lo externo. Nada parece haber cambiado. Pero, cuando se está hablando de espías, Larry Lambert dice: «Sí... *Disponemos* de muchos recursos».

—Me alegra comprobar que estás tan seguro de ti mismo —murmuró Roger.

Larry le dirigió una mirada casi afectuosa.

—No más que antes, señor; ni menos. Es sólo que he perfeccionado algunos conocimientos.

—Sí, entiendo. Bien... Volvamos a Pulgarin. Es decir, a Harry Rehbein. Tengo siempre a dos hombres vigilándolo. No los mismos... —se apresuró a decir—, los muchachos se van turnando, pero claro, eso quizá no sirva de gran cosa con un espía, como Pulgarin, ¿verdad?

—No me sorprendería que él se hubiese dado cuenta. Pero tampoco hay que pensar que los espías somos demasiado listos. Nada de leyendas, señor. A cualquier espía se la pueden pegar tan bien como a una persona cualquiera. De todos modos, ni mucho menos hay que descartar la posibilidad de que Pulgarin se haya dado cuenta de que le vigilan... En cuyo caso, evidentemente, sería él quien llevase la mejor parte: se dedicaría a jugar con nosotros.

—Entiendo. Bueno, te tengo preparado un informe de todo lo que ha hecho desde que fue identificado... —señaló una carpeta llena de folios, sobre la mesa—. Si crees que va a resultarte pesado leerlo todo, puedo resumirte...

—No. Lo leeré todo. ¿Dónde está él ahora?

Roger descolgó el auricular del teléfono interior.

—Charlie, ¿qué sabemos de Pulgarin?

—Bien. Nada más, gracias —colgó, sonriendo hurañamente—. ¿Recuerdas a Mike Cooke, Larry? —Claro.

—Está vigilando a Pulgarin, acompañado de un agente que llegó aquí después de marcharte tú: John Newley. Pues bien: Antón Pulgarin está ahora en la terraza de un bar de Waikiki, tomando un *whisky* con hielo. Eso es todo.

—Es una buena hora para tomar un *whisky* —sonrió Larry—. Si ocurriese algo especial, que me avisen enseguida. Mientras tanto, me dedicaré a leer todo esto, aunque parece tan extenso como *Lo que el viento se llevó*.

Josuah Roger enrojó ligeramente.

—¿Te parece que exageramos, que somos demasiado minuciosos?

—Si no lo fuesen, le daría el chivatazo a Hadaway —sonrió Larry—. A veces, el extremo del hilo aparece *en* una sola palabra de un informe... Así que cuantas más palabras haya, mejor. ¿Me puedo marchar ya, señor?

—¿Adonde? —se desconcertó Roger.

—Tendré que buscarme alojamiento y...

—Hombre, muchas gracias —explotó Carroll—. Puede que seas un buen espía ahora, pero tu memoria es pésima.

—¿A qué te refieres?

—Te escribí hace unos meses diciéndote que Gertrie y yo habíamos comprado una casa nueva, más grande, y que era tan tuya como nuestra ¿no es así? Además, si no te llevo a casa, Gertrie se va a poner insoportable conmigo: dice que hace tiempo que no ve cosas raras.

—¿Yo soy raro?

Roger, Carroll y Bassey cambiaron unas miradas. Por fin, Carroll masculló:

—No... ¡Qué va! Y se pusieron a reír los cuatro.

CAPÍTULO II

Lo despertó el timbre del teléfono.

Se quedó mirando al techo, sonriente, pensando que era estupendo haber vuelto a Honolulu. Lo que no pensaba decirles por el momento a sus compañeros era que Clarence Hadaway, el cerebro de aquella Sección ríe Espionaje y contraespionaje del FBI, había sugerido que «quizá convendría destinar fijo en las Hawai a un agente especialmente capacitado para dirigir los servicios mencionados en las islas»... Tampoco pensaba decirles que su nombramiento de inspector estaba al caer, debido a su sorprendente capacidad para el espionaje que ni siquiera él mismo había sospechado nunca. Ciertamente que en las Hawai, o en cualquier Delegación del FBI, hay agentes capacitados para afrontar cualquier asunto de espionaje, pero surgen pocos que tengan el don especial que Hadaway había descubierto y desarrollado en él...

No. No les diría nada de eso, por el momento.

Se estaba bien allí, en una casa con dos niños y una guapa esposa. Una casa con jardín, desde el cual se veía el mar, allá abajo, azul, centelleante... La cena había sido estupenda. El buen Tim había sido un granuja listo: NO sólo se había casado con una chica de lo más linda, sino que además, ella sabía cocinar estupendamente. Y además, le obsequió con una niña y un niño a cuál más simpático...

—Bueno, qué demonios —recapacitó Lambert—. ¿Acaso un agente del FBI merece menos?

Se volvió de lado en la cama, tomó su reloj de pulsera que había dejado sobre la mesita, y le echó un vistazo, indiferente. Pero al ver la hora casi pegó un salto en la cama. ¡Las once y diez! ¿Era posible? ¡Las once y diez de la mañana...! Claro que había estado

leyendo aquel informe sobre Antón Pulgarin, después de cenar con Carroll y su mujer, hasta casi las seis de la mañana, pero demonios, ¡las once y diez!

Se levantó, y se colocó ante la ventana, mirando hacia el jardín, con el mar al fondo. Desde luego, no tenía nada contra Washington, pero... Aspiró hondo, sonriendo. Como un rumor, oía la voz de Gertrie, hablando por teléfono. Era una chica estupenda, sí, señor... De pronto, oyó el chasquido del auricular al ser colgado.

Y segundos después, oyó la llamada a la puerta de su cuarto.

—¿Larry?

Se puso la chaqueta del pijama, se pasó una mano por los rubios cabellos, y fue a abrir. Apenas verle la expresión a Gertrie Carroll, supo que algo estaba sucediendo.

—Buenos días, Gertrie.

—Estabas despierto...

—Sí. Te he oído hablar por teléfono.

¿Era Tim?

—Sí, era él. Me ha dicho que te despertase, que te arregles, que pasa a recogerte dentro de diez minutos.

—¿Qué ocurre?

—No me lo ha dicho. Pero lo que sea, es urgente.

—De acuerdo. Estaré preparado cuando él llegue.

¿Los niños?

—En la escuela.

—¿En la...? Oh, sí, claro.

—Como tú no tienes hijos, no se te ocurren esas cosas, ¿verdad? ¿Sabes lo que te digo? Deberías casarte.

—Jamás —se negó rotundamente Lambert—. Yo soy de los que sólo aman una vez. Y la mujer que amo, ya está casada.

—¿Sí? —Abrió mucho los ojos. De pronto, se echó a reír, diciendo:

—Le pediré el divorcio a Tim hoy mismo. —No es mala idea.

Todavía riendo, ella se marchó a la cocina, y Lambert entró en su cuarto, fruncido el ceño. ¿Qué habría pasado? Desde luego, era algo relacionado con Antón Pulgarin... Seguro. ¿Habrían conseguido algo importarme, por fin, los agentes de turno encargados de vigilarle? ¿Habría hecho Pulgarin algo, por fin? Sí... Tenía que ser eso: había actuado, se había movido, había hecho

algo que tenía que ser, o parecer, al menos, importante.

—Ha muerto.

—¿Qué? —Miró vivamente Larry a Carroll, todavía a medio sentar en el coche, unos minutos más tarde.

—Será mejor que cierres la puerta: nos vamos allá a escape —y cuando Lambert la hubo cerrado, Carroll repitió—. He dicho que ha muerto.

Y arrancó.

Larry Lambert lo estaba mirando, casi, casi expectante.

—¿Pulgarin? —musitó por fin—. ¿Ha muerto Antón Pulgarin?

—Sí: él.

El agente del FBI, llegado de Washington quedó silencioso, inexpresivo. Los Carroll vivían en el distrito de Kahili Valley, así que muy pronto tuvieron que tomar la Likelike Highway para bajar hacia la costa; a la derecha, montañas llenas de vegetación; muy poco después, pasaban por delante del Oahu Country Club, con sus formidables terrenos para practicar el golf; a la izquierda, y todavía más cerca de la autopista, Nuuanu Park. Larry Lambert se sabía todo aquello de memoria.

—Demonios —estalló finalmente Carroll—, ¡pregúntame algo, Larry!

—¿Cuándo ha muerto?

—Tres o cuatro minutos antes de que yo llamase a casa para comunicártelo. El turno de vigilancia les correspondía a Stan Darrell y a Pat. Llamaron inmediatamente, por la radio de bolsillo.

Lambert asintió con la cabeza, y musitó:

—¿Lo han matado?

—No: ha muerto, simplemente. Un accidente. —No me digas que lo ha atropellado un coche— dijo, con duro acento sarcástico Lambert.

—No, no... Se ha ahogado. En la Fiesta del Coral.

—¿La qué?

—La Fiesta del Coral. Tú no debes conocerla.

—Creo que no. Conozco fiestas de todas clases en estas islas, pero ésa, aunque me suena de un modo general, por eso del coral, no acabo de situarla... ¿La he olvidado o es nueva?

—Es nueva. El capricho de una chica... Una jovencita millonaria. Bueno, a decir verdad, es un capricho digno de elogio, a

mi modo de ver. La primera Fiesta del Coral lúe el año pasado: se reúnen unos cuantos amigos, se proveen de equipos para bucear, y se dedican a buscar coral por los arrecifes...

—Que interesante —masculló Larry.

—Espera... Una vez han reunido el suficiente coral entre todos, lo ponen en manos de Phil

O'Malley...

—¿El escultor?

—Eso es.

O'Malley

se hace cargo del coral, y con él... digamos que monta una escultura. La del año pasado fue sensacional: imagínate, toda de coral, una escultura de un delfín de casi diez pies de largo, con un niño montado encima, y en pleno salto sobre las olas... Yo pude verla. Algo magnífico, te lo aseguro. Bueno, esa escultura la compró un millonario de aquí, de Honolulu, contra un holandés que parecía tener más dinero que agua el mar. Fue una subasta escalofriante, pero ahora, la tiene nuestro millonario, en el jardín de su quinta. Creo que vive en Waikiki, claro. ¿Cuánto dirás que pagó por esa escultura?

—¿Cinco mil dólares?

—Trescientos cincuenta mil.

—¿Estás bromeando? Yo también bromeaba al decir lo de los cinco mil dólares. ¡Pero trescientos cincuenta mil...!

—Ni un centavo menos. Fue un éxito tal que ya se empezaba a hablar entonces de la segunda Fiesta del Coral. Y ha sido esta misma mañana, también en la quinta de los Arnold, como la primera vez.

—¿Y qué hacía Antón Pulgarin en esa fiesta? ¿Es amigo de los Arnold?

—Que nosotros sepamos, no. Ah, olvidaba decirte una cosa, que es lo que me impulsa a decir que la idea de esa chica me parece digna de elogio: los trescientos cincuenta mil dólares conseguidos por el delfín de coral, fueron a parar, íntegros, a beneficencia. Ésa era la idea de Natalie Arnold.

—Sí que es buena la idea —admitió Lambert—. ¿Ella es la esposa de Arnold?

—La hija.

—¿Y alguna vez esa chica tan caritativa, o su padre, habían tenido tratos con Harry Rehbein, esto es, con Antón Pulgarin?

—Ya te he dicho que no, que nosotros sepamos.

—¿Tampoco la chica, concretamente?

—Que no lo sabemos, demonios.

—¿Dónde tienen la quinta los Arnold?

—Junto a Kapiolani Park, en el extremo de Kalakaua Avenue. Prácticamente al pie de Diamond Head.

—Claro... En Waikiki. Pulgarin andaba mucho por Waikiki, según entiendo: a nadar, a tomar un *whisky*, a cenar... Y hasta su apartamento está allí, en la Manakui. Y manejaba dinero en bastante abundancia, ¿no?

—Sí. Tendremos que investigar a los Arnold, claro: que nos digan qué hacía Pulgarin en su Fiesta del Coral, va que es una fiesta casi íntima. Todos son gente rica, amigos de un círculo en el que no resulta fácil penetrar.

—Demonios, pues que se ha ahogado —farfulló Carroll—. Algo debió fallarle en el equipo submarino, tuvo un accidente, y ha muerto ahogado. Es todo lo que puedo decirte por ahora.

—Bueno. Lo primero que tenemos que hacer es ver a Antón Pulgarin muerto... y asegurarnos de que es él. Luego, ya veremos.

* * *

Estuvo casi medio minuto contemplando el cadáver el ahogado. Desde luego, a juzgar por las abundantes fotografías que de él tenían, no podía ser otro que Antón Pulgarin. Se le podía reconocer pese a sus ojos velados, su boca todavía llena de espuma, su rostro congestionado en general, color lila claro...

Finalmente, Larry Lambert dejó caer de nuevo sobre aquel rostro el albornoz con que alguien lo había cuartado, y se incorporó. A su lado, consternados, estaban agentes que hasta entonces se habían encargado de vigilarlo en aquel turno: Patrick Bassey y Stanley Darrell. Con ellos, el inspector Josuah Roger, que había ido directamente a la quinta de los Arnold, en cuya playa yacía el cadáver. Y estaba Carroll, naturalmente. Luego, algo más alejados, tres agentes uniformados de la Policía, cuyo coche habían visto al llegar allí.

Y más allá, quizá treinta personas, todos en traje de baño, algunos cubiertos con los albornoces. Sobre la arena, a la sombra de los cocoteros, se veían numerosos equipos para bucear: aletas para los pies, lentes, tubos de aire... Y cestas de malla de alambre, en muchas de las cuales se veían pedazos de reluciente coral.

—Está bien —dijo Lambert—. Creo que convendría que se lo llevaran ya, señor.

—Me ocuparé de eso yo mismo —murmuró Pat Bassey—. Puedo conseguir la autopsia para dentro de...

—¿La autopsia? —cortó Roger—. ¿Para qué? Yo lo he examinado, y no he visto en su cuerpo nada sospechoso. Al menos, exteriormente. ¿Y tú, Larry?

Lambert movió negativamente la cabeza.

—Tampoco —musitó—. Y lo he examinado bien. Parece que ha sido un simple accidente, eso es todo. Pero no te vayas tú, Pat. Que se encargue la Policía del cadáver, por ahora. Tú cuéntame cómo han ido las cosas.

—Me entenderé con la Policía —dijo Josuah Roger—; yo ya me sé el cuento.

Se alejó, bastante irritado, y Bassey le dirigió una mirada de reojo antes de enfrentarse a Lambert.

—Maldita sea, ¿qué culpa tengo yo de que este ruso se haya ahogado?

—¿Y quién te ha dicho que tengas la culpa?

—El jefe está mosqueado. Pero Stan y yo hacíamos nuestro trabajo, como otras veces. No íbamos a seguirlo también bajo el agua: todo tiene un límite, ¿no?

—Desde luego. Cálmate, haz el favor... Y dame un cigarrillo, todavía no he podido comprarlos.

Lo estaba encendiendo, aplicando la punta a la llamita del encendedor de Bassey, cuando la vio.

Estaba en bikini, en primera línea del grupo de invitados a la Fiesta del Coral. Era una chica joven, muy alta, de cabellos rojos y ojos verdes. Esbelta, bellísimamente proporcionada, dorada por el sol su blanca y pecosa piel. El bikini era rojo, como sus cabellos. Su rostro, inteligente y hermoso, era tan sugestivo que cualquier hombre se habría atragantado al verla así, de pronto, a menos de diez pasos, mirándolo fijamente... —Larry Lambert se limitó a

terminar de encender el cigarrillo, inescrutable la expresión, y preguntó:

—¿Vino aquí solo o acompañado por alguien?

—¿Pulgarin? Vino solo. Hoy se levantó temprano. Salió de su apartamento a eso de las nueve. Se metió en el coche, y Stan y yo salimos tras él, naturalmente.

—¿Tú qué crees, Pat? ¿Se había dado cuenta, por fin, de que le vigilábamos?

—No lo sé... De verdad, Larry, no lo sé.

—Está bien, sigue. ¿Qué hizo Pulgarin? ¿Se vino directamente aquí?

—No. Subió hacia Ala Wai Boulevard, o sea, por encima de Manakui, donde tiene su apartamento... Detuvo el coche cerca del cruce con Nahua, se apeó, y fue hacia el Canal. Allá, en el borde del Canal, había un gran paquete, bastante pesado, que recogió y lo llevó al coche. Luego, se vino aquí. El paquete contenía un equipo para bucear. Se lo puso, se reunió tranquilamente con los invitados a esta fiesta, estuvo conversando con algunos como si estuviese en su propia casa, y cuando todos fueron al agua, a eso de las diez y cinco él fue también. Stan y yo sabíamos de qué se trataba, así que permanecemos vigilando...

—Espera. ¿Nadie estaba cerca del paquete cuando Pulgarin lo recogió en Ala Wai Canal?

—Nadie. Parecía abandonado. Pero él fue directo allá, lo recogió, y se vino aquí.

—¿Directamente aquí?

—Sí, ya sí.

—¿No habló ni tuvo ninguna clase de contacto con nadie antes de llegar a esta quinta?

—No habló con nadie ni tuvo contacto con nadie. Llegó aquí, se equipó, estuvo charlando con algunos, y cuando todos fueron al agua, él también lo hizo.

—¿Recuerdas con quiénes estuvo charlando?

—No. Pero —se apresuró a sonreír aliviado Bassey—, eso no será difícil saberlo con toda exactitud, porque Stan le estuvo tomando fotos a Pulgarin en esos momentos... Stan siempre lleva una cámara especial, es un maniático de las fotografías. Creo que tomó más de dos rollos de película de todos los presentes en la

fiesta.

—Formidable —alzó las cejas Lambert—. Realmente formidable. Luego revelaremos todas esas fotografías. Sigue. ¿Qué más?

—¿Qué más? Pues... nada más. Estuvimos aquí, y de pronto, cuando se suponía que faltaban pocos minutos para que los buceadores regresasen, sacaron a Pulgarin, ya muerto, ahogado.

—¿Quieres decir que estaba a punto de terminar la Fiesta del Coral?

—Bueno, esta parte, sí. Luego había un almuerzo en los jardines de la quinta; por la tarde, una excursión en coches, hacia el interior de la isla, ya sabes, a ver las cascadas y todo eso... Y por la noche, como despedida, el inevitable *luau*, la gran fiesta con bailarinas, collares de flores, comidas del país... Hombre, tú ya sabes.

—Sí, ya sé. ¿Quiénes sacaron a Pulgarin del mar?

—Lo hizo ella sola.

—¿Quién?

—Natalie Arnold... La chica pelirroja que has estado mirando hace un momento como si ella fuese una simple piedra. Desde luego, yo creo que exageras: yo respingué al verla.

Larry Lambert dirigió una mirada de reojo hacia la bellísima pelirroja del bikini rojo, entornados los ojos, como si le molestase el humo del cigarrillo.

—De modo que ella es la chica de las grandes ideas caritativas... Y parece que también es una excelente deportista. Hace falta no poca serenidad y capacidad para sacar a un hombre del fondo, ya muerto, cargado con todo un equipo.

—Ah, no... Pulgarin no llevaba los tubos cuando ella lo sacó, si te refieres a eso.

Lambert le dirigió una viva mirada.

¿No?

—Estoy seguro. Pero podemos enterarnos inmediatamente, haciendo un recuento de equipos.

—Sí, hacedlo. Luego, id a echar un vistazo al coche de Pulgarin. Quizá encontremos allí algo interesante, como una radio de bolsillo, armas... Podría ser. Y llamad a la Delegación para que envíen a su apartamento a dos muchachos, que impidan que nadie entre allí... o salga si ya ha entrado... ¿Quién es el tipo que está hablando con el jefe?

—Richard Arnold, el dueño de la quinta. El padre del bombón.

Lambert lo miró con el ceño fruncido.

—Es la primera vez que oigo que un bombón tiene padre.

Se alejó directo hacia donde Josuah Roger charlaba con Richard Arnold. Éste era un hombre alto, apuesto, de cabellos tan rojos como los de su hija, y ojos igualmente verdes. Uno de esos hombres sanos, sonrientes, inteligentes, que inspiran confianza desde el primer momento. Roger lo presentó a Lambert, terminando:

—«El es el agente Lambert, de...».

—De la Delegación de Honolulu —intercaló velozmente el *g-man*

, tendiendo su mano—. ¿Cómo está, señor Arnold?

—Pues la verdad —murmuró Arnold—: hecho papilla. Ha sido una desgracia, señor Lambert. Estábamos todos tan felices, dispuestos a pasarlo bien y pensando que de alguna manera íbamos a ayudar a alguien con todo esto del coral...

—Entiendo. Y ciertamente, es muy lamentable perder a un amigo.

—Oh, no. Precisamente se lo estaba diciendo ahora al inspector; ese hombre no era amigo mío. Ni siquiera le conocía.

—¿De veras? —Pareció muy sorprendido Lambert—. En tal caso, ¿qué hacía él aquí?

—Pues evidentemente —parpadeó Arnold—, estaba tomando parte en la Fiesta del Coral.

—Pero, señor Arnold, ésta es su casa, éstos son sus jardines, ésta es su playa... ¿No le dijo usted nada a un hombre desconocido al verlo entrometerse? ¿O no lo había visto hasta que lo sacaron del agua?

—Sí, sí lo había visto, desde luego... Estuvo charlando con varios de mis amigos antes de sumergirnos. Pensé que alguno de mis amigos lo había traído, que luego me lo presentarían, y no le di más importancia al asunto. Esto pasa con frecuencia: se presenta uno en un sitio donde cree conocer a todo el mundo, y...

—Ya sé, ya sé. Y en efecto, lo que usted dice no puede ser más lógico. ¿Podría decirme de cuál de sus amigos era amigo el ahogado?

—Ni idea. Lo vi hablar con varios, todos parecían aceptarlo con naturalidad. La verdad, no le di ninguna importancia, señor

Lambert.

—Claro. Me pregunto, si sería usted tan amable de preguntar a sus amigos cuál o cuáles de ellos invitaron aquí al abogado... ¿Le molestaría hacerlo, señor Arnold?

—Por supuesto que no.

—Muy agradecido... Le espero aquí mismo. —Arnold se acercó a sus amigos, y Lambert miró a Pat Bassey, que estaba a su lado, aguardando—. ¿Qué hay?

—Faltan los tubos de aire de Pulgarin, en efecto. No sólo los hemos contado, sino que los recuerdo perfectamente, y no los veo por aquí. Ya te dije que...

—¿Por qué los recuerdas perfectamente?

—Eran amarillos, como muchos, pero cada tubo llevaba dos franjas negras, paralelas entre sí, que iban de arriba abajo rodeándolo.

—Ah, bien. Quieres decir, que serán fáciles de identificar, ¿no?

—Hombre, claro... Ahí viene Stan, que ha ido al coche de Pulgarin. Y pone cara de... misterio, ¿verdad?

Stanley Darrell, en efecto, mostraba claramente en su expresión que disponía de una noticia digna de suma atención. Se acercó a Josuah Roger, y le murmuró al oído. Luego, el jefe de la Delegación del FBI en Honolulu, se volvió hacia el expectante Larry Lambert, y susurró:

—En el coche de Antón Pulgarin, en la guantera, hay un paquete con cien mil dólares.

Pat Bassey respingó, pero Lambert se limitó a fruncir el ceño. Tim Carroll regresó de llamar desde el coche a la Delegación, y se los encontró a todos mirando con impaciente espera a Lambert.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Stan ha encontrado cien mil dólares en el coche del ruso —explicó rápidamente Bassey—. ¡Ca... ray!

—Bueno, Larry, ¿qué dices? —Se impacientó Roger.

—¿Yo, señor? ¿Qué quiere que diga?

—Tiene razón —dijo Bassey—. Por una vez, esta ostra con peluca rubia tiene razón; todos hemos comprendido que Antón Pulgarin vino aquí, con el cuento de la Fiesta del Coral, para entrar por fin en contacto con alguien, a quien le tenía que pagar cien mil dólares a cambio de algo. ¿No, Larry?

—No se me ocurre qué otra cosa podría ser —encogió los hombros Lambert—. Ahí viene ya el señor Arnold.

—Pronto sabremos de quién era amigo Pulgarin, entonces —dijo el inspector Roger.

Pero lo dijo en un tono especial, mientras Lambert, que lo captó perfectamente, sonreía. Ellos dos, Roger y Lambert, fueron los únicos que no se asombraron lo más mínimo cuando Richard Arnold se detuvo ante ellos y, desconcertado, turbado, dijo:

—No lo entiendo... Ninguno de mis amigos trajo aquí a ese hombre, inspector. Nadie le conocía. Todos pensaron lo mismo que yo: que uno de nosotros lo había invitado. Así que hablaron con él, dicen que era muy educado y amable, y hasta simpático, que sabía lo de la fiesta. En fin, parecía estar a sus anchas. Pero nadie, ninguno de nosotros, le conocíamos, ni siquiera lo habíamos visto nunca antes.

CAPÍTULO III

—Pero... ¿cómo es posible? —murmuró por fin Bassey.

—Pues no lo sé... —Se turbó aún más Richard Arnold—. Francamente, nunca nos había ocurrido que en una de nuestras reuniones estuviera una persona que resultara ser extraña a todos nosotros...

—Me parece que tengo la solución —dijo Lambert, casi sonriendo, con lo que sorprendió no poco a sus compañeros—: Seguramente, el muerto era un periodista, señor Arnold.

—¿Un periodista?

—Casi podríamos jurarlo. Escuche lo que pienso: esta fiesta de ustedes, no sólo me parece muy agradable y simpática sino que, dados sus fines, debe haber llamado la atención de la prensa. ¿Me equivoco?

—No —parpadeó Arnold—. No se equivoca. Ciertamente, la prensa siente interés por la Fiesta del Coral, pero es a la noche cuando tenemos invitados algunos periodistas, y, especialmente, el día en que subastamos la obra escultórica que O'Malley hace con el coral... No veo por qué tenían que...

—Bueno, usted ya sabe cómo son los periodistas, siempre buscando algo nuevo, interesante. Es muy posible que el muerto decidiese conocer la Fiesta del Coral desde dentro mismo de ella, conversando con millonarios, cazando sus comentarios sinceros... Usted entiende, sin duda.

—Sí... Sí, desde luego. Caramba, eso ha debido ser. ¡Pobre hombre!

—Ha sido un accidente muy lamentable —se consternó con admirable hipocresía el-

g-man

. En fin, nosotros nos encargaremos de todo, señor Arnold, no se preocupe. Naturalmente, nadie podrá pedirle a usted responsabilidad por la intrusión de ese hombre. Pero si así fuese, envíenoslo a quien sea: el FBI le ofrece su apoyo, en una palabra, señor Arnold.

—Es usted muy amable. Muy amable, señor Lambert, de veras. Les agradezco mucho esto.

—No tiene importancia. Oh, espero que no haya ningún intruso más aquí.

Richard Arnold casi respingó.

¿Qué?

—Quiero decir que espero que todas las demás personas que hay ahora en su quinta sean amigos suyos. ¿Lo son? ¿Todos?

—Sí, sí... Conozco a todos los demás, desde luego.

—Mejor. ¿Sería usted tan amable de presentarnos a su hija? Tengo entendido que fue ella quien sacó al ahogado.

—Sí, fue ella. Voy a buscarla.

—Muchas gracias.

Arnold se fue en busca de la muchacha pelirroja, mientras Larry Lambert murmuraba unas palabras al oído de Roger. Éste, a su vez, lo hizo al oído de Stan Darrell, que asintió con la cabeza, y se fue, seguido por Pat Bassey a una seña también del inspector del FBI.

Los Arnold regresaron y el padre presentó a la hija, que fue estrechando las manos de los

g-men

. El último fue Lambert, al cual la muchacha miraba con evidente interés.

—Temo que vamos a necesitar su ayuda, señorita Arnold —dijo el

g-man

—. De todas formas, si está impresionada, y no se siente con ánimos puede negarse, naturalmente.

—¿De qué se trata?

—Como comprenderá, tendremos que presentar un informe completo respecto al accidente...

—¿Ustedes? ¿El FBI?

—Sí, claro.

—Más bien parece asunto de Policía que del FBI señor Lambert. Es posible que esté equivocada, pero me parece que están dando demasiada importancia a lo que, a fin de cuentas, es sólo un accidente. Lamentable y desdichado, claro está..., pero a mi entender, carente de la necesaria importancia para la intervención en masa de ustedes.

Larry Lambert parpadeó lentamente.

—No se equivoca, admito eso. Pero, puesto que, casualmente, dos de nuestros compañeros estaban por aquí y han intervenido desde el principio en esto.

—¿Dos agentes del FBI estaban por aquí... casualmente? —sonrió la muchacha.

—Así es. Y no es que estemos interviniendo... en masa, como usted ha dicho, sino que, precisamente, ya que tenemos cosas más importantes que hacer, quisiéramos terminar esto pronto y ocuparnos estrictamente de asuntos de nuestra competencia.

—Entiendo —sonrió la muchacha, con unas chispitas de ironía en sus hermosos ojos verdes—. Y espero poder prestarles la ayuda que sea, señor Lambert.

—Podría hacerlo yo, pero usted ya está lista para sumergirse, y además, sabe dónde encontró a ese hombre bajo el agua. Al menos, espero que recuerde el lugar con bastante exactitud.

—Sin duda.

—Magnífico. Me pregunto si le sería a usted molesto bajar allá a recoger los tubos de aire... ¿O el ahogado no llevaba los tubos de aire cuando usted lo encontró?

—Los llevaba, pero se los quité.

—Ah. ¿Por qué?

—Según yo creo, ese pobre hombre tuvo un desvanecimiento, o algo que lo aturdió... Es posible que un golpe contra un arrecife. Por lo que fuese, perdió la boquilla, debió asustarse, y quizá poco acostumbrado a bucear, él mismo fue empeorando su situación, así que se fue hacia el fondo. Allá quedó entre un pequeño grupo de arrecifes bajos y así lo vi yo, cuando regresaba con el coral conseguido. Intenté subirlo tal como estaba, pero los tubos o quizá uno de los atalajes, se habían enganchado en las rocas, de modo que lo más práctico, a mi juicio, era desprenderlos de él, ya que no los necesitaba y yo tendría que subir menos peso.

—Muy razonable. ¿Usted cree que él ya estaba muerto cuando usted le quitó los tubos?

—Desde luego. Se le había escapado la boquilla, y ya ni siquiera salían burbujas de aire de ésta...

—¿Quiere decir que el aire se había terminado en los tubos?

—Sin la menor duda.

—Pero a usted sí le quedaba aire en los suyos, ¿verdad?

—Sí. Poco, pero aún me quedaba de sobra para el regreso. Todos tenemos muy en cuenta eso.

—Sí, lo sé. No soy un experto, pero he buceado con alguna frecuencia. Sin embargo, nunca me ha ocurrido quedarme sin aire. ¿Qué cree usted que puede pasar si eso ocurre? Lo que trato de preguntarle es si pudo ser que ese pobre hombre se quedase sin aire y se ahogase... por ese motivo.

Natalie Arnold reflexionó unos segundos. Por fin, movió afirmativamente la cabeza.

—Si no tenía una mínima experiencia en esto, sí pudo ser.

—¿Le ocurriría a usted?

—No creo —volvió a sonreír la muchacha—. Sería muy desagradable, pero me parece que me las arreglaría para volver a toda prisa a la superficie, como fuese..., incluso tragando agua. El riesgo, entonces, es perder la serenidad, y no tener en cuenta la descompresión.

—¿La descompresión?

—Cuando se ha estado a cierta profundidad durante un buen rato, conviene permanecer entre dos aguas, cerca de la superficie, durante un tiempo variable, antes de volver a la superficie. Si no se hace así, pueden sobrevenir trastornos, incluso en ocasiones mortales... Pero, morir por morir, yo subiría.

—Entiendo. Bueno, lo que yo me estaba preguntando es por qué se le acabó el aire al ahogado, y usted y sus amigos aún disponían del suficiente...

—No, no, perdone —cortó la muchacha—. Algunos de mis amigos ya habían salido, más precavidos. La medida de aire, inyectado a presión en los tubos, puede variar a veces, y no hay que arriesgarse nunca a que esa medida sea inferior a la mínima establecida. Es posible que los tubos de ese hombre no hubiesen sido llenados como hacía falta.

—Entonces, podríamos pedirle responsabilidades al fabricante de esos tubos de aire, ¿no?

—Al fabricante, no: a quien los llenó la última vez de aire, si acaso. Eso, suponiendo que no hubiese el aire suficiente. Si ese hombre se desvaneció, y soltó la boquilla, el aire tuvo que escapar mucho más rápidamente que si él lo estuviese recibiendo por la boquilla.

—Parece que volvemos de nuevo a la posibilidad de que el desdichado se desvaneció, bien por causas internas propias o bien por causas externas, como un golpe contra los arrecifes. ¿Sí?

—Eso creo yo. Me permito dudar que haya alguien tan imprudente de lanzarse al mar con un equipo como éstos sin saber muy bien cómo se maneja, y lo que tiene que hacer en todo momento.

—De acuerdo con usted. Bien, señorita Arnold, ¿sería tan amable de ir a por esos tubos?

—Sí, con gusto.

—Iré contigo —dijo su padre—. Vamos al cobertizo a buscar dos tubos llenos, hija.

Se alejaron los dos, mientras Carroll refunfuñaba:

—No veo qué necesidad tenías de tomarle el pelo a esa chica, francamente.

—¿Por qué le he tomado el pelo? —protesto Lambert.

Hombre tiene gracia. Le has estado haciendo preguntas de buceo como si nunca hubieses estado bajo el agua, y me acuerdo cuando estabas aquí: eras el...

Ha pasado el tiempo. —Sonrió Lambert—: ya no recuerdo esas cosas.

Tim Carroll soltó un bufido de irritada incredulidad y Roger, sonriendo con un gesto pensativo, preguntó:

—¿Qué ganaremos teniendo esos tubos vacíos, Larry?

—Quiero asegurarme que los tubos estén ahí abajo, donde la chica los vio por primera vez.

Josuah Roger reflexiono un instante y dijo:

Entiendo.

—Pues yo no —dijo Carroll—. ¿Qué hay que entender?

—Lo de los cien mil dólares —dijo Roger—. Podemos pensar que Antón Pulgarin vino aquí con ese dinero para pagar algo. Si lo que

tenían que entregarle estaba en unos tubos, es posible que los que la señorita Arnold encuentre no sean los que Stan y Pat le vieron cuando se tiró al agua.

—¿Un cambio de tubos bajo el agua?

—Podría ser.

—Pero Pulgarin no había entregado aún el dinero... ¿Le iban a entregar lo que fuese sin haber pagado él?

—Hay otra posibilidad —musitó Lambert—: la de que fuese Pulgarin quien, a cambio del dinero que le habían entregado ya a él, tuviese que entregar algo contenido en los tubos. Eso implica también un cambio de tubos de aire bajo el agua. Y posiblemente, debido a ese cambio, tuvo el accidente. Algo pudo fallarle, la otra persona no se dio cuenta, y él murió.

—Entonces... alguien que está ahora cerca de nosotros tenía contacto o relaciones de alguna clase con Pulgarin. ¿No es eso?

—Parece que puede ser eso —deslizó cautamente Lambert—. En cuyo caso, o los tubos que subirá la señorita Arnold no serán los de color amarillo con dos franjas negras que los rodean de arriba abajo..., o, simplemente, esos tubos ya no estarán donde ella los dejó después de quitárselos a Pulgarin.

—¿Y si ella está mintiendo? —musitó Carroll.

—Si está mintiendo —dijo secamente Lambert—, nosotros lo sabremos tarde o temprano. Pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque si yo tuviera algo que ver con un espía ruso, me vería con él en cualquier lugar del mundo menos en mi propia casa, hombre, Pat.

—Pues precisamente por eso, ellos podían decidir hacerlo aquí como el lugar menos sospechoso.

—Es posible, desde luego. Pero... me parece que deberemos dedicar nuestra atención a las casi tres docenas de amigos de los Arnold.

—Eso va a ser un hueso muy duro de roer —dijo el inspector del FBI, enfurruñado—. Y un trabajo muy delicado y desagradable.

—Seguramente. Pero si Pulgarin vino aquí, no fue, desde luego, a buscar coral para obras de beneficencia, sino a tener contacto con alguien que, forzosamente está en la villa ahora, y que, desde luego, ha tomado parte en la Fiesta del Coral... Pero no nos calentemos

más la cabeza: cuando tengamos los tubos quizá sepamos mejor a qué atenernos en lo sucesivo...

* * *

Pero no.

No, porque Natalie y su padre sacaron dos tubos amarillos con dos franjas negras paralelas, que los rodeaban de arriba abajo.

Para entonces, ya habían llegado los del depósito de cadáveres a hacerse cargo de Antón Pulgarin, que fue ¹ cargado bajo el expectante silencio de cerca de cuarenta personas. Cuando se hubieron llevado el cadáver del espía ruso, la tensión decreció notablemente. Josuah Roger y Tim Carroll miraban hacia los amigos de los Arnold como si pretendieran de modo tan simple adivinar cuál de ellos tenían posibilidades de ser catalogado como espía, como... enlace o contacto de Antón Pulgarin. Pero Larry Lambert parecía no acordarse ni siquiera de ellos. Había pedido otro cigarrillo, y, sin expresión alguna en su rostro, se limitaba a fumar, mirando hacia el mar.

Fue el primero en ver aparecer a los Arnold remolcando los tubos amarillos con franjas negras. Y cuando la muchacha los dejó ante sus pies, sobre la arena le sonrió cortésmente.

—Muy agradecidos a ambos, señorita Arnold. Y perdonen las molestias, por favor.

—No tiene importancia —dijo ella—. Pero me pregunto de qué van a servirle estos tubos.

—Ni idea. Pero quizá en nuestros laboratorios puedan decirnos si estaban bien cargados, o si tenían algún defecto... Usted comprende: cuestión de rutina.

—Ya, ya... Claro.

—¿Qué hacemos nosotros ahora? —Se dirigió Richard Arnold a Roger—. Me refiero a la Fiesta del Coral, inspector. Tenemos compromisos de varias clases, hemos invitado a la prensa, a...

—Bueno, no veo motivo para que ustedes suspendan sus actividades por un accidente en el que nada han tenido que ver, y sobre una persona a la que, según parece, ninguno de ustedes conocía.

—Ya sé que parece un tanto... cruel —pareció disculparse

Arnold—. Pero realmente... Bueno, yo no sé qué se proponía ese hombre, ni quién era, así que...

—Tranquilece su conciencia, señor Arnold: si cada vez que ocurre un accidente, los demásuviésemos que pasar un día de luto, en el mundo no habría nunca lugar para las fiestas.

—Le agradezco mucho su comprensión. No es por divertirnos, compéndalo, ya que eso podemos hacerlo cuando queramos y como queramos. Pero las Fiestas el Coral han llamado la atención, y teniendo en cuenta nuestro objetivo benéfico, me parece que deben seguir.

—Sin duda alguna. Bien. —Roger miró un tanto indeciso a Lambert—. ¿Nos vamos ya?

—Como usted mande, señor —asintió Larry con la cabeza.

Se despidieron de los Arnold, y se alejaron de la zona de la playa, hacia donde habían dejado los coches. Tim Carroll tenía fruncido el ceño.

—Me pregunto por qué nos vamos, así a las buenas. ¿No deberíamos hacer algunas preguntas?

—¿A quién? —Lo miró Lambert—. ¿A treinta y tantas personas? ¿Esperas que alguna de ellas diga de pronto que sí, que él o ella es el agente de contacto con Antón Pulgarin? Vamos, Tim, olvídale.

—Pero algo habrá de hacer, ¿no?

—De puertas adentro, no de puertas afuera. Tenemos las fotografías de esas personas, que Darrell y Pat deben estar ya revelando. Conseguiremos sus nombres y las investigaremos.

—¿A las treinta? —Respingó Carroll.

—Y una a una —torció el gesto Lambert—. Eso es lo fastidioso del espionaje: a veces, para atrapar a un simple pececillo, tienes que organizar un tendido de redes que más bien parecen destinadas a una ballena.

—Por mi parte —dijo Roger—. Y aunque habrás observado que te estoy dejando la iniciativa en todo momento, me resisto a admitir que alguno de esos amigos de los Arnold sea un espía, Larry.

—¿Tengo yo cara de espía? —preguntó Lambert.

Roger y Carroll lo miraron un tanto sobresaltados.

—Hombre... De espía... De espía, lo que se dice espía... Tienes cara de mala uva, pero de espía...

—Pues lo soy. —Lambert miró directamente a su compañero

Carroll—. Lo soy, Tim. Sólo que, para saberlo, quien fuese tendría que investigar mucho.

—Está bien, está bien, ya entiendo la sugerencia. Trabajaremos de firme en investigar a treinta y tantas personas que...

—¡Señor Lambert! —Oyeron tras ellos.

Se volvieron los tres, y vieron a Natalie Arnold, que, entonces, se detenía, y quedaba en actitud de espera, a poca distancia de ellos.

—Me parece —susurró Roger—, que esa chica quiere hablar sólo contigo, Larry.

—¿A que se enamoran y se casan? —rió por lo bajo Carroll.

—No —dijo Lambert—: ya quedamos con Gertrie esta mañana en que se divorciaría de ti para casarse conmigo.

Y echó a andar hacia Natalie Arnold, mientras Carroll, tras la natural estupefacción mascullaba:

—Muy gracioso... ¡Muy gracioso, sí señor!

—Pon los tubos atrás, Roger, —y sentémonos en el coche: llevo demasiado rato de pie.

Mientras tanto. Larry Lambert se detenta delante de Natalie Arnold, componiendo la más cortés de sus expresiones.

—Diga, señorita Arnold. ¿En qué puedo servirla?

—Me gustaría saber si este asunto del accidente va a ocuparle durante mucho tiempo, señor Lambert.

—Francamente, lo ignoro.

—Como usted ha dicho que era pura rutina... El caso es que me gustaría invitarlo a las Fiestas del Coral.

—Mmm... ¿De veras? ¿Con que objeto?

—Me resulta usted agradable... Muy agradable.

Larry Lambert estuvo un instante estupefacto.

—Elogiable sinceridad, señorita Arnold. Y le agradezco mucho sus palabras: mis amigos opinan que soy raro... Celebro que usted no esté de acuerdo con ellos.

—¡Oh, sí...! Sí lo estoy, señor Lambert. Es raro, pero muy agradable. ¿Vendrá usted?

—Pues... aun pecando de desagradecido, temo que no. Aunque el asunto sea de pura rutina, requiere su tiempo. Me gusta como al que más ir a las cascadas, y bañarme en los remansos de los ríos de las montañas, pero...

—¿Ni siquiera podrá venir por la noche?, ¿no le gustan los

luaus?

—Me encantan los *luaus* —sonrió Lambert—, pero ya he visto muchos.

—No como éste. No es de aquí, sino de Tahití. Vienen de allá unas bailarinas muy interesantes, las *Papeete Vahinés*. Ya sé que es bastante parecido lo de las Tahití y lo de las Hawai, pero una danza *otea* siempre tendrá algo diferente, ¿no cree?

—Seguramente. Pero también conozco Tahití.

—Parece que no hay manera de convencerlo...

—Lo siento: tendré mucho trabajo.

—Bien... lo siento de veras. Y supongo que yo aún se lo voy a complicar más, señor Lambert.

—No entiendo...

—Me refiero a los tubos de aire. Los de ese hombre que se ha ahogado.

—¿Qué pasa con ellos? —No son sus tubos.

Larry Lambert parpadeó. Luego, se quedó mirando a la muchacha con los ojos entornados.

—¿Cómo dice? —musitó.

—Los tubos que mi padre y yo hemos sacado del agua, no son los que llevaba ese hombre cuando yo lo encontré. Son otros.

—Bueno... No es un equipo fácil de confundir, así que si usted dice que son otros, tendré que creerla. ¿No llevaba ese hombre los tubos amarillos cuando usted lo encontró bajo el agua?

—Sí, sí... Eran unos tubos iguales, pero no eran esos mismos tubos que nosotros le hemos entregado a ustedes. Estoy segurísima de ello, porque, al quitárselos, como estaban enganchados, di un tirón fuerte, y golpeé uno de ellos contra las rocas... Vi perfectamente que le había hecho un par de señales: saltó algo de pintura amarilla, y un poco de una de las franjas negras.

Lambert se pasó una mano por la barbilla, pensativo.

—Naturalmente, señorita Arnold, usted está segura de lo que dice.

—Segurísima.

—Y es muy observadora.

—Lo bastante para comprender que ustedes no estaban cerca de ese hombre por casualidad.

—Ya. ¿Sería mucho pedirle que esta información quedase entre

usted y yo exclusivamente?

Natalie Arnold sonrió alegremente.

—¿Sería mucho pedirle, señor Lambert, que esta noche acudiese usted a nuestro *luau*? —pregunto a su vez.

—Ahora que lo pienso, me encantan las fiestas hawaianas —recapacitó con simpática seriedad Lambert—. O las taithianas. Espero que tenga *loomi-loomi salmón* para la cena: es mi plato preferido.

Dio media vuelta, y se alejó. Segundos después, se sentaban en el asiento de atrás, junto al inspector. Carroll, sentado ante el volante, se volvió, fruncido el ceño.

—Pero que muy gracioso —rumió todavía la perspectiva de la broma del divorcio—. ¿Qué quería esa preciosidad, tú?

—Alégrate —dijo Lambert—: le ha salido una rival a Gertrie. Parece que también le gusto a la señorita Arnold: me ha invitado a la fiesta de esta noche.

—Si lo sabía —chascó dos dedos Carroll—. ¡Vaya si lo sabía! No sólo tendrás suerte en todo, sino que además, cuando te cases, lo harás con un bombón rodeado de millones.

El inspector Roger que miraba fijamente a Lambert, preguntó de pronto:

—¿Y qué más quería la señorita Arnold, Larry?

—Me ha dicho que los tubos que Antón Pulgarin llevaba cuando ella lo encontró, no son los que ella y su padre han sacado del agua. Estaban en el mismo sitio, son iguales, pero no son los que Pulgarin llevaba cuando ella lo encontró ahogado.

Tim Carroll estaba con la boca abierta, como si todavía no pudiese asimilar todo cuanto podía significar aquella nueva información.

Josuah Roger se limitó a murmurar.

—Muy interesante.

CAPÍTULO IV

—Nada —dijo el inspector Roger—. Absolutamente nada, Larry. ¿Cómo te ha ido a ti?

Lambert se dejó caer en un sillón, y movió negativamente la cabeza.

—Lo mismo, señor: nada. Hemos registrado a fondo el apartamento de Pulgarin, pero no hemos encontrado nada digno de interés. Y hemos buscado bien, se lo aseguro. He estado aprendiendo estos dos años muchas cosas, entre ellas cómo registrar el lugar donde habita un espía... No hay nada allá. De todos modos, los muchachos se han quedado en el apartamento, tomando huellas y buscando todavía más a fondo, pero ya le digo desde ahora mismo que es completamente inútil. Lo único que obtendremos, serán las huellas de Pulgarin, y eso ya carece de importancia.

—Pues estamos listos.

—¿Seguro que no hay nada en los tubos que los Arnold sacaron del agua?

—Nuestros medios no son mucho peores aquí que en Washington —gruñó Roger—: si te digo que no hay nada, es que no hay nada. Tubos corrientes. Vacíos, desde luego. Quiero decir, de aire. No contienen truco alguno en ningún sentido. No se pueden desenroscar, ni desensamblar, ni nada... Finalmente, han sido cortados, con idéntico resultado.

—Sin embargo, la señorita Arnold tenía razón: esos tubos no tenían las señales que ella me indicó, es decir, que si debemos creerla a ella, no son los que llevaba Pulgarin cuando murió.

—La pregunta es: ¿por qué hemos de creer lo que quiera decirnos la señorita Arnold?

—Yo también me pregunto eso —sonrió secamente Lambert—.

Por fortuna, esta noche tendré ocasión de estudiarla... con más detenimiento. Pero, claro, no conseguiré nada, como no sea enterarme de sus gustos y aficiones.

—Y a lo mejor, hasta tenéis muchas cosas en común.

—Es posible... Parece una chica inteligente. ¿Están listas todas las fotografías que tomó Darrell?

—Claro. Hemos hecho varias copias de cada una, para que el trabajo pueda ser adecuadamente repartido. Nos espera un trabajo de chinos, Larry. Toma, aquí tienes un juego para ti.

Le tendió un sobre, del cual sacó Lambert un formidable fajo de fotografías. Emitió un silbido, y comenzó a pasarlas, muy atentos sus sorprendentes ojos negríssimos. Preferentemente, las fotografías mostraban a Antón Pulgarin conversando con algunos de los invitados... Lambert contó hasta catorce personas conversando con el espía soviético, sola o en grupos. Pero, además, estaban todas las demás que habían asistido a la búsqueda de coral.

—Darrell ha hecho un estupendo trabajo —dijo por fin—. Habrá que felicitarlo. Aunque es posible que no saquemos nada en claro de todo esto.

—La solución tiene que estar en alguna parte.

—Desde luego. Sabemos que Pulgarin fue allá con cien mil dólares, que murió ahogado, y que cuando recuperaron sus tubos, no eran los que él había recogido junto al Ala Wai Canal en el paquete... Posiblemente, también en el paquete estaban los cien mil dólares. Y esto es todo lo que sabemos. Francamente, señor, si no fuese porque me han enseñado que nunca hay que desanimarse, yo diría que hemos terminado.

—¿Terminado?

—No me diga que usted espera conseguir algo por medio de las fotografías. Son treinta y tantas personas a investigar. Y ya verá como nada conseguiremos por ese lado. Nada absolutamente.

—Sin embargo, alguna de ellas tenía que ver algo con Pulgarin, ¿no?

Lambert encogió los hombros.

—Parece evidente —admitió—. Pero no será fácil saber cuál de ellas era. Incluso es posible que la muerte de Pulgarin no haya sido accidental, ni mucho menos.

—Ya he pensado en ello —asintió Roger—. Quizá se dieron

cuenta de que seguíamos a Pulgarin, y decidieron eliminarlo. Pero hay cosas que no encajan con esto, Larry. ¿Por qué tanta molestia? Pudieron haber eliminado al ruso mucho más sencillamente: si se habían dado cuenta de nuestra vigilancia, tuvieron que comprender que nosotros ignorábamos muy pocas cosas sobre Pulgarin. Por tanto, con matarlo de cualquier modo en cualquier sitio, bastaba. A nosotros no nos revelaría nada nuevo sobre el ruso: sabíamos que era un agente soviético, y su muerte, asesinado, nada nos aclararía: pista cortada. Entonces..., ¿por qué complicarse la vida con la Fiesta del Coral y todo eso? ¿Por qué ese cambio de tubos de aire? ¿Por qué tanto sigilo para que Pulgarin recogiese en la calle un paquete? ¿Y los cien mil dólares? Cien mil dólares en auténtica moneda estadounidense. Algo tienen que significar, relacionado con la presencia de Pulgarin en la quinta de los Arnold...

—A veces, cien mil dólares no significan nada.

—¿Estás bromeando? Si él disponía de esa cantidad era para algo, para destinarla a algo, seguramente un pago... ¿No? Vamos, me resisto a creer que le diesen cien mil dólares a un hombre al que tienen proyectado matar de una forma tan complicada...

—Parece razonable. Y no discutiré eso, señor. Pero insisto que, en cuestiones de espionaje, a veces cien mil dólares son una bagatela.

—Bueno —sonrió a medias Roger—. Caramba, me gustaría encontrarme algún día en mi armario una bagatelas de esas.

—¿Aunque después fuesen a eliminarlo?

—Hombre, no —respingó el inspector de FBI—. Pero no creo que esas fuesen las intenciones de los amigos de Pulgarin, insisto en ello. El tenía que hacer algo allí, y quizá después de hacer su parte, murió por accidente...

—¿Qué necesidad tenían de cambiarle los tubos? —Me pareció que habíamos aceptado que él llevaba algo en los suyos, y los cambió por los de otra persona.

¿No?

—Pat contó los tubos que había en la playa. Y había tantos como personas. Y ninguno iguales a los que sacaron luego de Arnold.

—Eso significaría que alguien fue a propósito a llevar los tubos idénticos adonde había sido encontrado el cadáver...

—Exactamente. ¿Y para qué molestarse en ello, si a tenían los tubos verdaderos de Pulgarin, y, por tanto, lo que éste hubiera

podido llevar en ellos? ¿Por qué molestarse en dejar un par de tubos que nada significan?

—Demonios, Larry... ¡Para que nadie notase que le habían privado de sus tubos!

—Lo cual tuvo que suceder en el tiempo que media desde que la señorita Arnold encontró a Pulgarin, hasta que fueron a buscar los tubos, ¿no?

—Claro.

—Pero para entonces, todos los invitados amigos estaban ya en la playa. Si alguno de ellos los cambió antes de salir de su primera excursión en busca de coral, es decir, después que la señorita Arnold los dejase allí para poder sacar a la superficie a Pulgarin con más comodidad, los demás tuvieron que verlo. Los demás habrían visto a esa persona sacando los tubos solos después que la señorita Arnold hubo sacado a Pulgarin... ¿No?

—Supongo que sí... Claro. Pero no fue así. Cada persona llevaba solamente sus tubos.

—¡Entonces, quiere decir que quien cambió los tubos, no pudo ser uno de los amigos de los Arnold!

—¿Quieres decir que fue., un nadador ajeno a la fiesta de la búsqueda de coral? ¿Alguien que acudió allí precisamente para encontrarse con Pulgarin debajo del agua?

—Eso, si alguno de los amigos de los Arnold era su contacto. Así que por este lado tenemos ya una teoría que estudiaremos más detenidamente luego. Pero, supongamos que llegó un nuevo buceador, ese desconocido que tenía que encontrarse con Pulgarin bajo el agua... ¿Por qué no acudió inmediatamente a la cita con Pulgarin, en lugar de acudir a cambiar los tubos de aire después de que Pulgarin hubo muerto? ¿Por qué esperar tanto? Tengo entendido que hacía casi una hora que estaban todos buceando cuando la señorita Arnold lo encontró. ¿Qué esperaba ese otro hombre para acudir junto a Pulgarin a cambiar sus tubos de aire? Tanto si era uno de los invitados de los Arnold como si era un elemento extraño al grupo... ¿qué demonios estaba esperando tanto tiempo?

Josuah Roger parpadeó.

—¿Qué supones tú? —Preguntó, pensativo—. ¿Qué supones tú que podía estar esperando?

—La muerte de Pulgarin.

—¿Vuelves con eso? ¿Y por qué tenía que esperar nada, si él mismo podía matarlo? Podía llevar un cuchillo, o cualquier otra arma eficaz bajo el agua. No creo que nadie quisiera matarlo, Larry.

—Entonces, ¿qué esperaban? Si era el cambio de tubos, tuvieron tiempo de sobras para realizarlo. Por lo tanto, la persona que cambió los tubos, no esperaba eso... hasta que Pulgarin hubiese muerto.

—Vamos, vamos, Larry... Si así hubiese sido, si alguien hubiese estado al acecho de la muerte del ruso, habría hecho el cambio de tubos antes de que llegase la señorita Arnold.

—Claro. Pero, supongamos que mientras esperaba a que el ruso muriese, estaba escondido. Y cuando Pulgarin hubo muerto, apareció Natalie Arnold. La otra persona, se escondió, entre las rocas. Luego, cuando ella se hubo llevado a Pulgarin, le pareció estupendo; salió cíe su escondrijo, llevando los tubos de aire para el cambio, y los dejó allí, llevándose los de Pulgarin. Ahora, si esa persona no era ajena al grupo de amigos de los Arnold, tuvo que esconder los verdaderos tubos de Pulgarin antes de salir a la playa a reunirse con todos. Si era ajena al grupo, se los llevó, y jamás los volveremos a ver...

—¡Mañana mismo enviaré allá a unos cuantos agentes a revisar esos fondos, bien equipados...!

—Buena idea. Estupendo, señor. Pero mientras tanto, sigamos con esa persona que estaba esperando algo... Al parecer, la muerte de Pulgarin. No tiene el cadáver señal alguna de violencia, de modo que sabemos que nadie atacó a Pulgarin. Pero alguien esperaba, y, efectivamente, Pulgarin murió. ¿Un accidente? ¿Sabía esa persona que Pulgarin iba a tener un accidente? ¿Usted se lo cree?

Roger volvió a parpadear, ahora un poco confuso.

—No sé... Demonios, no es fácil adivinar cuándo alguien va a tener un accidente. ¿Usted se lo cree?

—Pues Pulgarin lo tuvo. Pidamos su autopsia.

—Se veía bien claro que había, muerto ahogado...

—¿Qué perdemos pidiendo la autopsia?

—Nada... Absolutamente nada. La pediré.

—De acuerdo. Yo con su permiso, me voy a un *luau*.

CAPÍTULO V

Natalie Arnold apareció en el gran salón de la quinta, mirando a todos lados, desconcertada. La voz de Larry Lambert la orientó inmediatamente.

—Aquí señorita Arnold. ¿Le apetece tomar algo?

Ella lo vio en el bar, detrás del pequeño mostrador curvado con una botella en la mano derecha, y saludándola con la izquierda. Se acercó, se sentó ante el mostrador en uno de los taburetes, y se quedó mirándolo, sonriente El

g-man

llevaba una camisa floreada, floreadísima, de manga corta y cuello abierto, cuyos sorprendentes resultados eran conseguir que sus cabellos se viesen más rubios, más amarillos todavía.

—Parece que sabe usted ambientarse muy bien, señor Lambert —casi rió por fin la muchacha.

—Efectivamente. La verdad es que, en lo personal, incluso para un *luau* prefiero vestir de esmoquin, pero me pareció que ustedes se tomarían la fiesta más a la ligera —parpadeó, como si le sorprendiese el encantador vestido de noche de Natalie, y terminó —; pero ya creo que me he equivocado. Ustedes se toman las cosas en serio.

—¿Le disgusta?

—Por el contrario. Me he permitido aposentarme en el bar mientras la esperaba...

—Como si estuviese en su casa en lugar de en la mía —rió Natalie—. Tomaré lo mismo que usted.

—¿De veras? —Pareció asustarse Lambert.

—Absolutamente de veras.

—Bueno —siguió vacilando el—

g-man

. No diga luego que no la he advertido.

Comenzó a hacer mezclas, ante la atónita mirada de Natalie Arnold. Agitó la coctelera, sirvió la bebida en dos grandes vasos, y colocó dos pedacitos de hielo en cada uno. Natalie alargó la mano hacia uno de ellos, pero Larry le impidió tomar el vaso, sujetándosela. Ella miró al

g-man

, miró su enorme mano reteniendo la suya, y volvió a mirar aquellos sorprendentes ojos negríssimos, que la contemplaban con una atención poco menos que inquietante.

—¿Qué... qué pasa?

—Hagamos las cosas bien —dijo Lambert—. Me parece grotesco que usted lleve un vestido de noche tan bonito y yo esté aquí como si fuese a ir a pescar. ¿Me permite un minuto?

—Sí... Sí, claro.

Lambert se inclinó detrás del mostrador, recogiendo un paquete grande y plano, que depositó sobre la pulida madera. Para pasmo de Natalie, al abrirlo dejó al descubierto una camisa blanca, corbata de lazo negra, y una chaqueta de esmoquin blanca. Sin empacho alguno, se quitó la camisa floreada, para mayor pasmo de la joven millonaria ante la cantidad de músculos formidables que dieron la impresión de saltar, de hincharse a cada movimiento del agente del FBI. En menos de un minuto, Larry Lambert estaba correctísimamente vestido de noche.

Envolvió la camisa floreada con el mismo papel, la dejó detrás del mostrador, se dio un tirón a los extremos de la corbata, tomó uno de los vasos y lo puso en la mano de Natalie, y alzó el suyo.

—Viva América —dijo.

Natalie consiguió por fin salir de su estupefacción.

—Viva América —aceptó, riendo.

Se llevó el vaso a la boca, bebió un moderado trago y, al instante, enrojeció. Dejó el vaso y comenzó a toser, congestionadísimamente. Larry Lambert la estuvo contemplando mientras bebía de su propio vaso, impávido, para, finalmente, hacer un gesto de aprobación.

—Pues no me ha salido tan mal —opinó—. ¿Un poco de agua, señorita Arnold?

Ella asintió por gestos, con los ojos llenos de lágrimas. Con veloces gestos que imitaban a un eficiente camarero, Larry le sirvió el vaso de agua, que ella bebió ávidamente. Su congestión cedió bastante, suspiró, y se quitó las lágrimas con un dedito.

—Por el amor de Dios —jadeó—. ¿Qué es esto?

—Un coctelito sin mayor importancia. De mi invención, desde luego... Mis compañeros lo llaman «Los demonios de Lambert». ¿No le gusta?

—Pu... pues... Oh, sí... ¡Sí, es... es delicioso!

—¿Verdad que sí? Al principio sorprende un poco, y no diré que sea fácil acostumbrarse a él, pero cuando se le toma el gusto, no hay nada mejor.

Cla... claro... Sí, sí. ¿Y usted... bebe siempre esto?

—Yo no bebo casi nunca. Pero cuando bebo, bebo. Lo mismo hago con todo: cuando me lanzo, me lanzo..., y ya no hay quien me pare.

—Ah... Creí que en el FBI no les permitían beber.

—Error. Lo único que realmente, en el fondo, nos prohíben en el FBI, es dejar de portarnos como agentes del FBI. Lo que quiere decir que debemos comportarnos siempre como anden las circunstancias en bien del servicio... Lo cual, como usted comprenderá, abarca toda una larguísima serie de actitudes serias y razonables.

—Sí... Desde luego..., lo... lo comprendo.

—Estupendo. Pero beba... Beba, señorita Arnold: saboree usted sin cumplidos mi magnífico

«Lambert's

Devils», por favor. ¿Le molesta a usted que haya venido tan pronto?

—No, no.

—Beba, beba. No se prive de ello.

Natalie vaciló, pero volvió a beber de «Los Demonios de Lambert» no sin cautela. Esta vez lo soportó mejor. Es decir, disimuló mejor los efectos del cóctel, con lo que se ganó una sonrisa aprobativa y no poco irónica del *g-man*.

—Es usted una joven valiente —elogió, de excelente humor al parecer—. Olvidé decirle que mis compañeros se niegan a beber mi brebaje después de probarlo una sola vez. Sin embargo, celebro muchísimo encontrar por fin una persona que aprecie mis méritos

de barman. Le aseguro que no fue fácil encontrar este punto exacto de sabor para mis «demonios».

—Le creo —miró ella anhelante el vaso de agua.

—¿Más agua?

—No, no.

—¿De veras? ¡Excelente! Casi empieza usted a interesarme, señorita Arnold. Hasta ahora, no menos de setenta y ocho muchachas han dejado de salir conmigo debido al

«Lambert's

Devils». ¿De verdad no la molesta que me haya adelantado a la hora de la cena?

—De verdad.

—Me permití suponerlo, habida cuenta del interés que usted parecía sentir por mí. Si no recuerdo mal, dijo que yo le resultaba muy agradable... ¿Sigue pensando igual?

—Sí.

—Excelente. ¡Excelente, excelente...! Dígame: ¿comentó con alguien lo del cambio de tubos de aire de Antón Pulgarin?

—No... ¿De quién?

—Antón Pulgarin: el hombre que se ahogó esta mañana. Era un espía ruso.

Natalie Arnold quedó petrificada, contemplando con los ojos muy abiertos al

g-man

. Éste salió de detrás del mostrador, le pasó un brazo por los desnudos hombros a la muchacha, y se la llevó tranquilamente a un sofá. Natalie era alta, pero parecía una muñequita al lado del colosal rubiales de los ojos negrísimos, que la sentó, lo hizo a su lado, y la miró, bruscamente serio.

—Por supuesto, ha oído usted bien —susurró—: Antón Pulgarin era un espía ruso, de los buenos, no de los mejores. Nosotros, el FBI, queríamos saber qué hacía exactamente en Honolulu. Estábamos vigilándolo. Entonces, él acude a la Fiesta del Coral... y se ahoga. ¡Qué tontería! ¿Verdad?

—No... no sé...

—Como ve, señorita Arnold, estoy confiado en que su discreción esté a la altura de su valentía. Una persona que sigue bebiendo mis «demonios» merece tal confianza, espero. Seguiremos con esto: mis

dos compañeros, es decir, uno de ellos, estuvo tomando fotografías de todas las personas que esta mañana estuvieron aquí, en su quinta. Como pensamos que Antón Pulgarin vino aquí para entrar en contacto con una de esas personas por lo menos, hemos revelado esas fotografías y tenemos la intención de investigarlas a todas, una a una, incluyéndolos a usted y a su padre. Habíamos pensado pedirles a ustedes la lista de asistentes, pero podemos simplificar el asunto todavía, más —sacó el sobre del bolsillo de atrás del pantalón y lo tendió a la muchacha—. ¿Sería tan amable de escribir detrás de cada fotografía el nombre, dirección, ocupación o títulos de las personas que aparecen en ella?

Natalie se quedó mirándolo, con el sobre en la mano.

—¿Por esto ha venido usted antes de la hora de la cena?

—Me pareció que sería impropio hacerle esta petición en pleno *luau*. Impropio e indiscreto. Mientras usted se dedica a tan meritoria labor, que merecerá el eterno agradecimiento mío personal, y no poco por parte del FBI, permítame que ponga un poco de música. ¿Le molesta a usted Mendelssohn?

—No... No.

—Estupendísimo. ¿Tiene bolígrafo, lápiz o algo así?

Natalie se levantó, se procuró un bolígrafo y se sentó ante una mesita redonda, comenzando a escribir en el dorso de las fotografías tras examinarlas. Larry Lambert buscó en la formidable discoteca, encontró el disco que buscaba, lo colocó en el

hi-fi,
se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo, y estiró las larguísimas piernas.

Doce minutos más tarde, Larry Lambert se puso en pie, retiró el recién terminado disco, lo limpió cuidadosamente, y con no menos cuidado lo enfundó y colocó en su sitio. Hacía por lo menos tres minutos que Natalie había terminado su cometido, pero había permanecido en silencio, expectante, contemplando al sorprendente hombre del FBI.

Quien, por fin, se hizo cargo de las fotografías, guardándoselas ahora, en un bolsillo interior de la blanca chaqueta.

—Muchísimas gracias, señorita Arnold. Ha sido usted muy amable. Buenas noches. —¿Qué... qué...?

—He dicho buenas noches. Ha sido una velada encantadora.

—Pe... pero... pero la... el *luau*...

—Comprenderá usted, que después de escuchar al buen Mendelssohn, no sería fácil admitir en mis delicados tímpanos la música de Hawai.

—Pero...

—Y no tengo nada contra esa deliciosa música, se lo aseguro, pero... soy hombre consecuente. Lo que pasa es que, después de Mendelssohn, y teniendo en cuenta que estoy trabajando, yo creo que intensamente, lo de ponerme un collar de flores en el pescuezo y escuchar sonidos de ukeleles y ver chicas morenas agitándose, sería una frivolidad... ¿No está de acuerdo?

—Pero...

—¿Y ve usted? Eso de la frivolidad sí que cae mal, pero que muy mal, en Washington. En fin... Se ha portado usted tan bien que es posible que en otro momento le dé la receta de mis «demonios». Por favor, no me acompañe; ya la he molestado bastante.

—Señor Lambert.

—¿Sí?

—¿Puedo confiar en que volveré a verle?

—¿Por qué no? Ha sido una velada encantadora. Respecto a la música hawaiana..., ¿alguna vez la ha escuchado en paz, en silencio, sin rumor de multitud, a la orilla del mar..., y estando poco pero bien acompañada?

—No... No.

—M&l hecho. Le aconsejo que lo intente. Cómprase un musicassette de ésos, busque una playa solitaria, una buena compañía, ponga la música muy bajo el tono, y quédese escuchándola, con el rumor del mar como fondo y contemplando la luna y las estrellas... Hace el mismo efecto que el «Lambert's

Devils», pero al revés. No se lo pierda, señorita Arnold.

Y se fue.

* * *

A Tim Carroll se le saltaban las lágrimas de tanto reír.

—¡Es lo más estupendo que he oído jamás! —Hipaba—. ¡Santo cielo, lo que habría dado por estar allí, Larry!

—Pues a mí no me hace mucha gracia —refunfuñó Gertrie—. Vamos, ni mucha ni poca. ¡Pobre chica!

—De cuando en cuando —replicó su marido—, a estas chicas que siempre tienen todo lo que quieren, les va bien un rapapolvo como ése.

—Pues yo insisto en que Larry ha exagerado. Se puede ser genial, como él acostumbra, que nunca se sabe por dónde hay que tomarlo, pero insisto en que se ha pasado de la raya.

—Es una chica inteligente —murmuró Lambert, sonriendo—. Muy inteligente. Cuando se sobrepuso a la sorpresa, tomó el asunto con magnífica deportividad. De todos modos, Gertrie, deberías estar contenta de mi desplante.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque eso significa que sigo pensando en ti, y que no me importa ninguna otra mujer. A propósito, ¿has pedido ya el divorcio a Tim?

—¡Muy gracioso! —estalló éste—. ¡Muy gracioso, hombre!

—¿Más café? —rió Gertrude Carroll.

—No, no... Otra cena espléndida, madre mía —se tocó Larry el estómago—. Tendré que buscarme una pensión, o engordaré demasiado.

—Pues yo no he engordado —dijo Carroll—, y llevo ya seis años con Gertrie.

—Porque los celos se te comen todo lo que hechas en la barriga —sentenció Lambert—. Pero eso se te está terminando.

—Oye, tú, que la bromita ya me está cargando.

El timbrado del teléfono hizo los efectos de la campana anunciando el fin del asalto. Refunfuñando, Carroll se puso en pie, y fue al teléfono.

—¡Sí! —masculló.

—Oh, es usted, señor...

—Sí, está aquí. Hemos terminado de cenar... Sí, sí, un momento —se volvió, agitando el auricular, mirando a Lambert—. Es para ti: el jefe.

El turno de Larry Lambert. —¿Diga, señor?—. Sí... Bien.

—Entendido. Bueno, debimos sospechar algo así... Tengo las direcciones de todos los invitados, así que, dado el nuevo giro del caso, empezaremos a trabajar inmediatamente. Reúna a cuantos

agentes pueda: Tim sale para allá ahora mismo.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Colgó, y volvió a sentarse a la mesa, pensativo. Carroll lo miraba con el ceño fruncido.

—Está bien —gruñó—: ¿qué te ha dicho el jefe?

Lambert lo miró, se puso en pie, salió del comedor, y regresó con él sobre lleno de fotografías, que tendió a su compañero.

—Están todos los datos sobre los participantes en la Fiesta del Coral, en el dorso de las fotografías. El jefe está ya reuniendo algunos muchachos: tú dirigirás el grupo.

—¿Tenemos que empezar ahora mismo a investigar las vidas y milagros de treinta y tantas personas? —protestó Carroll.

—Ahora mismo.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—¿Yo? Bueno, no sé qué decirte... Creo que pensaré en algo que podamos hacer Gertrie y yo, aprovechando tu ausencia.

—¡Oye...! Maldita sea, vete a hacer gárgaras tú y tus bromas.

Salió dando resoplidos del comedor y regresó segundos después, colgando de sus dientes la chaqueta y ajustándose la funda bajo la axila. Se puso por fin la chaqueta, tomó el sobre con las fotografías, y besó a Gertrie que le sonrió dulcemente. Miró a Lambert, pero lo vio muy pensativo, así que encogió los hombros, y se dispuso a marcharse.

—Tim.

—¿Qué hay? —Miró Carroll a su amigo.

—Monóxido de carbono.

—¿Qué?

—¿No te han interesado mis palabras «dado el nuevo giro del caso» que le he dicho al jefe? Bueno, quizá olvidé decirte que el jefe y yo decidimos que se le practicara la autopsia a Pulgarin.

—Sí, te olvidaste —parpadeó Carroll— ¿Monóxido de carbono? ¿Antón Pulgarin ha muerto intoxicado con monóxido de carbono en lugar de ahogado?

—Digamos que ambas cosas. Pero el inicio de todo debió estar en el monóxido de carbono, que lo aturdió lo suficiente para que no pudiese reaccionar, y entonces acabó de morir ahogándose.

—Pero ¿cómo pudo intoxicarse con monóxido de carbono? —se sorprendió Gertrie—. El monóxido de carbono..., ¿no son los gases

de combustión de los motores de los automóviles? Bueno, de motores de gasolina en general... ¿no?

—En efecto —asintió Lambert.

—Pues entonces... Vaya, no entiendo, la verdad... ¡Y no me digáis que había un auto debajo del agua intoxicando a ese Pulgarín!

—Un auto, no, pero sí sus gases de escape.

—Yo me voy —dijo Carroll—. Ya se lo explicarás tú, Larry.

Se marchó, y Gertrie se quedó mirando a Lambert, que estaba profundamente pensativo... Esperó unos segundos, pero, comprendiendo que no debía molestar al

g-man

, se dedicó a retirar la mesa. Cuando estaba terminando, Larry Lambert se puso en pie.

—Adiós, Gertrie —dijo.

—¿Te vas? —se sorprendió ella.

—Sí.

—Vaya... Antes tenía dos hombres y ahora no tengo ninguno... La verdad si me divorcio de Tim, me buscaré un marido que no sea del FBI.

Lambert se acercó, le puso una mano en un hombro, y la besó en una mejilla. Luego guiñó un ojo.

—No puedo creer que seas tan tonta —dijo.

CAPÍTULO VI

—Supongo que me considera usted muy tonta, señor Lambert —dijo Natalie Arnold, sentándose ante él.

Larry Lambert le ofreció un cigarrillo, y, mientras ella lo encendía mirando hacia la playa llena de bañistas y de practicantes de *surfing*, preguntó:

—¿Por qué he de considerarla tonta?

Ella suspiró, mirando a su alrededor. El

g-man

la había estado esperando en la terraza de uno de los hoteles de Waikiki Beach, un lugar muy agradable, cercado de cocoteros y de flores. A un lado había una piscina, y delante el mar, lleno de alargadas olas espumosas. Una tarde espléndida.

—Por acudir a su cita. Después de lo que me hizo hace dos noches.

—Me pareció que no se había enfadado conmigo, señorita Arnold. Incluso, si no recuerdo mal, me preguntó si podía confiar en que volveríamos a vernos... Pues bien; ya nos estamos viendo. Como ve, yo cumplo siempre mi palabra.

—Pero me dejó plantada en el *luau*.

—¿Me guarda rencor?

—No —musitó Natalie—. No.

—Muy agradecido. ¿Cómo fue la fiesta?

—Oh, muy bien... Muy bonita, como siempre. Escribieron sobre ella muchos periódicos, y se publicaron muchas fotografías... ¿No se ha enterado?

—He estado muy ocupado estos dos días.

—¿Tomando

«Lambert's

Devils»?

—No exactamente —sonrió Lambert, mirándola con evidente agrado—. He estado buceando.

—¿Buceando?

—Precisamente delante de su quinta. Pero no he estado solo: había conmigo varios compañeros del FBI, y una docena de hombres-rana de la Armada.

Natalie quedó atónita.

—¿Tantos hombres buceando por allí? Pues no he visto a ninguno en ningún momento.

—Lo hemos hecho con la debida discreción y tras un plan muy bien estudiado. Ha sido toda una operación de rastreo de esos arrecifes, aprovisionándonos de aire bajo el agua, cambiando de tubos en la base establecida, donde dos «ranas» llevaban el control de todo el material. Prácticamente, unos veinte hombres hemos estado viviendo bajo el agua durante estos dos días, naturalmente, con trajes de goma... Y no hemos encontrado nada.

—¿Qué buscaban?

—Unos tubos de aire.

—¿Los de Antón Pulgarin? ¿Los verdaderos?

—Me gusta su facilidad de comprensión. Sí, esos mismos. Pero no estaban, seguro. ¿Sabe lo que significa eso?

—Ni idea.

—Pues significa... Oh, perdón: ¿quiere tomar algo?

—Pues sí —sonrió la muchacha—. Tomaría con gusto un «Lambert's Devils».

Lambert se inclinó hacia adelante, sonriendo, y le palmeó afectuosamente una mano.

—Me va gustando usted, señorita Arnold. Pero lamentablemente, eso sólo sé prepararlo yo..., y no pienso facilitarle a nadie mi receta. ¿Se conformaría con un daiquiri?

—Me resignaré.

Lambert pidió dos daiquiris, y su mirada volvió a clavarse materialmente en Natalie Arnold.

—Significa —terminó—, que alguien que estuvo junto a ustedes durante la búsqueda de coral, se los llevó. Eso, a su vez, significa que ninguno de los amigos de ustedes tuvo nada que ver en el

suceso.

—Lamento decepcionarle respecto a mi facilidad de comprensión, señor Lambert, pero... no entiendo nada.

—Como ya he comprobado que es usted una chica discreta, voy a permitirme explicárselo. Fíjese bien: el FBI identifica a un espía ruso llamado Antón Pulgarin, en Honolulu. Hace un año, Antón Pulgarin desapareció, se esfumó, y, como le digo, de pronto, aparece en Honolulu. Entonces, nos dedicamos a vigilarlo, pensando que el servicio secreto soviético, lógicamente, ha enviado aquí a Antón Pulgarin con una determinada misión... Hasta hace unas dos horas, hemos estado convencidos de eso...

—¿Ya no?

—No. Ya no. Porque hace dos horas, nos llegó una noticia de nuestra central en Washington: Antón Pulgarin, según informes obtenidos por nuestros agentes en Europa, no se esfumó debido a ninguna maquinación de la MVD rusa, sino que, simplemente, dejó de trabajar para ella porque fue expulsado, e incluso, según parece, se intentó eliminarle. Sólo que, claro, Pulgarin era ya un zorro viejo en estas cosas, consiguió escapar, ha estado escondido..., y de pronto aparece en Honolulu. ¿Me va siguiendo?

—Entiendo que ese hombre hizo algo que no gustó & sus

superiores, así que lo expulsaron y hasta quisieron matarlo.

—Exacto. Por eso no se ha sabido nada de Pulgarin durante este tiempo. Ahora, tenemos dos alternativas... Una, que todo eso de la expulsión de Pulgarin sea un cuento ruso porque les interesa que nosotros pensemos eso de Pulgarin. Dos, que sea verdad, y que lo echaron de sus filas. En ambos casos, lo evidente es que Pulgarin, aquí, en Honolulu, tenía algo que hacer. Lo que fuese. Puede que fuese una misión para Rusia, puede que fuese un trabajo... privado. Lo único indudable de todo esto es que, lo que fuese que Antón Pulgarin tenía que hacer, era muy importante. Tan importante que sus propios jefes o compañeros, decidieron eliminarlo cuando comprendieron que lo teníamos vigilado...

El camarero llegó con el pedido, y Lambert esperó a que se retirase. Natalie le contemplaba con los ojos muy abiertos, y el

g-man

sonrió.

—¿Está interesada?

—Muchísimo... ¿Es usted un agente del FBI o un espía, señor Lambert?

—Ambas cosas. Estábamos, pues, en que los amigos o jefes de Pulgarin, comprendiendo que el FBI lo tenía bajo control, y eso, indudablemente, significa un riesgo para el plan que tengan en marcha, decidieron que el mejor modo de evitarse problemas era eliminar a Pulgarin. Pero, no bastaba eso, porque nosotros no habríamos cesado de investigar todo lo relacionado con Pulgarin, y quizá, encontrásemos alguna pista que a ellos les resultase molesta. Entonces, deciden proporcionarnos otra pista, completamente diferente a la que convendría al FBI, para que tengamos en qué ocuparnos mientras ellos siguen adelante con su trabajo, con su misión... ¿Está bueno el daiquiri?

Natalie, que había bebido sin darse cuenta siquiera, parpadeó, desconcertada.

—¿Eh...? Oh, sí... Bueno, no está mal, si lo comparamos con el «Lambert's Devils»... Señor Lambert; todo esto que usted me está contando..., ¿es confidencial?

—Absolutamente, estrictamente, rigurosísimamente confidencial, señorita Arnold.

—¿Eso quiere decir... que confía en mí?

Larry Lambert se permitió una seca sonrisa.

—Seguiré adelante con la explicación —eludió la respuesta—. Veamos, la pista que nos proporcionan los amigos de Antón Pulgarin es la Fiesta del Coral. Le explicaré cómo: avisan a Pulgarin de que, en determinado lugar, tiene un gran paquete que contiene todo lo necesario para bucear, y otro paquete más pequeño dentro del grande, conteniendo cien mil dólares: debe ir a la Fiesta del Coral, dejarse ver y, sencillamente, seguir la corriente a todos hasta que, en determinado momento, alguien le entregará algo, a cambio de lo cual, él deberá entregar los cien mil dólares. Pero es mentira, lo engañan. Lo que quieren es que él muera bajo todas las características de un accidente, en esa fiesta. De este modo, consiguen eliminarlo y que nosotros, sabiendo quién es él, que en su coche hay cien mil dólares, y suponiendo con toda lógica que estaba en la Fiesta del Coral por algo, nos dediquemos a investigar por ahí,

es decir, que nos dediquemos a perder el tiempo investigando a todos los invitados a la Fiesta del Coral, que son más de treinta, mientras ellos, los amigos y... ejecutores de Antón Pulgarin, con toda tranquilidad, siguen con sus asuntos, de los cuales nosotros no tendremos ni la menor idea, ya que nos han proporcionado una amplia, estupenda, nutrida y formidable pista... falsa.

¿Lo entiende?

—Sí.

—Estupendo. Entonces...

—Pero ese hombre murió ahogado... ¿Cómo podían saber sus amigos que iba a morir así?

—No murió exactamente... o digamos únicamente ahogado: lo intoxicaron con monóxido de carbono.

—¿Con...? Pero... per... pero debajo del agua...

—El monóxido de carbono estaba en los tubos de aire, señorita Arnold.

—¡No es posible!

—Es perfectamente posible. Hemos hecho la prueba, y resulta aceptablemente sencillo; sólo hay que utilizar un compresor vulgar y corriente, y hacer un empalme de tubos de goma de modo que el compresor bombee hacia los tubos para introducir el monóxido de carbono que sale de los tubos de escape de los coches. De este modo, los tubos para bucear son llenados de monóxido de carbono. Luego, se acaban de llenar de aire, y ya está. El buceador, al principio, no nota nada. Cuando lo nota, ya es demasiado tarde; está aturdido, sus facultades físicas no funcionan debidamente... Se da cuenta de que algo no va bien en los tubos, suelta la boquilla..., sin pensar en la profundidad a que se halla..., y se encuentra bajo fortísima presión y sin aire... Muerte segura. Medio intoxicado, medio ahogado. Fin, ya está. Y eso es lo que hicieron con Pulgarin, para que nosotros nos dedicásemos a perder el tiempo investigándolos a todos ustedes. Pero había que hacerlo muy bien, así que alguien estaba buceando por allí, esperando la muerte de Pulgarin para cambiar sus tubos de aire preparados por sus amigos asesinos por otros idénticos, pero... sin el menor rastro de monóxido de carbono. Un simple accidente cuando, según debíamos suponer nosotros, Pulgarin había acudido a hacer algo allí, con cien mil dólares en efectivo. Afortunadamente, usted se dio cuenta de

que los tubos habían sido cambiados, y de ahí partió todo nuestro... proceso investigador.

Natalie estuvo unos segundos pensativa, antes de decir:

—Pero ustedes están ahora desorientados, ¿no es así?

—Desde luego. Cabemos lo que ha pasado realmente y no lo que querían hacernos creer, pero el resultado es el mismo. Y si no hubiese sido por esas señales en los tubos que usted mencionó, estaríamos todavía, como verdaderos tontos, investigándola a usted, su padre, sus amigos. Ahora, ciertamente, no perdemos el tiempo en eso, pero, como usted dice, estamos completamente desorientados. Saber la verdad de lo que le han hecho a Pulgarin para evitar que nosotros llegásemos hasta los jefes o responsables de lo que se esté tramando, no nos ayuda demasiado, francamente. Hemos agotado todos los recursos: el apartamento de Pulgarin ha sido examinado tan minuciosamente que ni siquiera una mota de polvo ha quedado por clasificar, se han hecho preguntas sobre él a los vecinos de su apartamento, a los sitios adónde iba a tomar *whisky* o a pasear, o a cenar o almorzar. Todo. Todo, señorita Arnold. Y sin el menor resultado: pista completamente cortada. Más claro: el FBI ha fracasado, le han dado esquinazo con una habilidad admirable.

—Lo siento de verdad, señor Lambert.

—Gracias. Pero, sinceramente, todavía tenemos una esperanza. Es decir, la tengo yo, que soy, digamos el experto en espionaje en Honolulu, en estos momentos.

Natalie lo miraba con asustada fijeza.

—¿Esa esperanza... está relacionada... conmigo?

Lambert encendió otro cigarrillo, y bebió un sorbo de daiquiri, haciendo un gesto que decía muy poco en favor de la bebida. Luego preguntó:

—¿Qué tal anda usted de patriotismo, señorita Arnold?

—¿De patriotismo?

—Eso es. Ya sabe: amor a la patria y todas esas cosas.

—Pues no sé. Supongo que bien. No lo sé, porque nunca he tenido que demostrar nada en ese sentido.

—¿Le gustaría hacerlo?

—¿Cree usted que debo hacerlo?

El agente del FBI inclinó la cabeza.

—No está obligada a ello. Yo sí pero no usted. Es decir, yo estoy

obligado a realizar ciertos trabajos, pero usted no. Lo del patriotismo, es posible que todos estemos dispuestos a demostrarlo en alguna ocasión. Pero insisto, no está usted obligada a correr ningún riesgo.

—¿Qué... qué clase de riesgo?

—En mi trabajo, señorita Arnold, cuando decimos riesgo, siempre se trata de la vida.

Natalie Arnold palideció. Pasaron algunos segundos antes de que pudiese tan sólo empezar a tartamudear, tartamudeo que Larry Lambert cortó con gesto amable.

—Piénselo bien —musitó—. Yo aceptaré su respuesta, cualquiera que sea. Y de todos modos, quizá todo esto asunto sea una tontería sin demasiada importancia.

—Creo... creo... Bueno, señor Lambert, francamente...

—Comprendido. ¿Ha venido en coche?

—Sí... Sí, claro.

—La acompañaré hasta...

—No, no —ella se puso en pie, siendo imitada rápidamente por el agente del FBI—. No se moleste, no... —Como guste.

—Sí... Bueno... Adiós, señor Lambert...

—Adiós, señorita Arnold. Ahora que ya no vamos a vernos más, puedo permitirme decirle que es usted encantadora. Buenas tardes.

—Señor Lambert, compréndalo... Yo...

—Vamos, no se sienta avergonzada. Todos estamos autorizados a tener miedo... ¿Cree que yo no lo he tenido muchas veces? Ya le digo que la comprendo.

Natalie Arnold pareció a punto de decir algo más, pero, de pronto, dio media vuelta, y se alejó, casi corriendo. Lawrence Lambert movió la cabeza pesarosamente, y volvió a sentarse. Dadas las circunstancias, lo único que podía hacer era meter sus cosas en la maleta y volver a Washington. Allí estaba el maquiavélico Clarence Hadaway que nada tenía que aprender ya en cuestiones de espionaje. Si a él no se le ocurría nada, era que nada se podía hacer.

—Lástima —pensó—. Lástima. En fin, vamos a preparar la maleta.

La cerró, y se volvió hacia Tim Carroll, que estaba ceñudo, sombrío.

—No puedo creer que te vayas —masculló.

—Pues me voy, Tim, esto no es como la investigación de un asesinato, entiéndelo bien. Hace años que somos amigos, hemos trabajado juntos en muchos casos, fui testigo de tu boda... Creo que me conoces bien: cuando me lanzo, me lanzo. Pero..., ¿hacia dónde me lanzo esta vez?

—Sabemos muchas cosas de todo esto. Podríamos... —No. Te lo aseguro. Pista cortada... Quiero hablar con Hadaway, porque si él no encuentra una solución, te aseguro que muchísimo menos la encontraríamos tú y yo. Lo han hecho muy bien, Tim No tenemos la menor pista. Por mucho que...

Se calló, mirando a Gertrie, que apareció en el umbral del dormitorio.

—Tienes una visita, Larry. La envía el inspector Roger, desde la Delegación.

Lambert parpadeó, sorprendido. Salió del dormitorio, liego al saloncito..., y se quedó clavado en el suelo al ver a Natalie Arnold, de pie en el centro, contemplándole con los hermosos ojos verdes muy abiertos.

CAPÍTULO VII

—Han desenterrado a Pulgarin. El hombre que recibió la noticia era un oriental. Menudo, delgado, de pequeños ojos negros y rostro impasible. Estaba sentado en un confortable sillón, en el salón de la pequeña villa y hasta que apareció el hombre con la noticia, se había dedicado muy apaciblemente a ver la televisión. Su impasibilidad experimentó una ligerísima alteración al escuchar al recién llegado.

—¿Qué dices?

—Han desenterrado a Pulgarin, y se lo han llevado.

—¿Adónde se lo han llevado?

—Al depósito de cadáveres. Han sido los del FBI, desde luego. Spavak se ha quedado allí, para ver si puede enterarse de algo. Hemos convenido que si sucede algo interesante, llamará por teléfono... ¿Qué crees que está pasando, Toh?

Toh Dieb frunció el ceño, y se pasó la mano por la barbilla. Estuvo unos segundos reflexionando, y por fin movió negativamente la cabeza.

—No lo sé —murmuró—. Como no sea que hayan tenido alguna información inesperada. Según tengo entendido, a Pulgarin no se le hizo la autopsia, Wollmer.

—Eso te dijimos Spavak y yo. Según todas nuestras informaciones, el asunto se consideró de lo más claro: un hombre que muere ahogado, víctima de un accidente. Era tan evidente la causa de su muerte, que nadie habló de autopsia. Si la hicieron, tuvo que ser en secreto, y me pregunto por qué tanto secreto para una cosa que a nadie habría sorprendido.

—O sea, que todo parece indicar que no le hicieron la autopsia.

—Exactamente. Eso es lo que tú habías calculado, y salió a la

perfección.

—Pero ahora han desenterrado al ruso... No entiendo por qué. Tú mismo retiraste el equipo de aire conteniendo el monóxido de carbono después que esa joven encontró a Pulgarin y le quitó los tubos... No tienen por qué sospechar nada, y si no le hicieron la autopsia. ¿Quizá quieran hacérsela ahora?

—No sé. La chica iba con ellos.

—¿Qué chica?

—Natalie Arnold, la organizadora de la Fiesta del Coral.

Toh Dieb casi parecía atónito.

—¿La señorita Arnold iba con los del FBI, cuando han desenterrado a Pulgarin?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé, Toh. Ella no se separa ni un segundo de ese sujeto del cabello amarillo, que parece dirigirlo todo. He averiguado que se llama Lawrence Lambert.

Toh Dieb apagó el televisor por medio del mando a distancia, y quedó pensativo, hasta que por fin musitó:

—¿Dices que Spavak ha quedado allí para ver si se entera de algo?

—Sí. Llamará si lo consigue.

—Bien... Entonces, esperaremos. Desde luego, no me gusta nada que hayan desenterrado a Pulgarin... Naturalmente, le harán la autopsia ahora, y encontrarán e) monóxido de carbono. Eso, en sí, no debe inquietarnos. Simplemente, los del FBI empezarán a atar cabos, pero, el único del que podían tirar para llegar hasta nosotros ya no les sirve: los muertos nada explican.

—Fue mala suerte lo de contratar a Pulgarin.

—Sí... La culpa, en ese sentido, fue mía. Pero le conocía hacía algún tiempo, y cuando le vi en Singapur me pareció que sería un buen elemento para el grupo, así que le dije que viniera, que tendría un trabajo razonablemente pagado. Aceptó enseguida, pues lo estaba pasando muy mal: hacía casi un año que lo habían expulsado de la MVD, y querían eliminarlo... Me pareció que un hombre en sus condiciones haría todo lo que fuese con tal de ganar unos dólares y poder retirarse tranquilo... Lo de que fuese precisamente el FBI quien lo identificara y lo vigilara, no me lo

esperaba. Pero, en fin, el plan salió bien, lo eliminamos, todo quedó perfecto, según nuestros proyectos... y ahora, cuando faltan menos de tres días para que llegue la carga, lo desentierran... ¿Por qué? ¿Por qué?

—Quizá esa chica les haya dicho algo que les induzca a hacerle la autopsia ahora.

Toh Dieb pareció a punto de asentir, pero de pronto movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—. Sería absurdo que a esa muchacha se le ocurriese algo en lo que el FBI no hubiese pensado ya. No... Tiene que ser algo diferente. ¿Estás seguro de que todo ocurrió tal como yo planeé?

—Segurísimo. Los del FBI encontraron los cien mil dólares que Spavak y yo pusimos en el paquete que le dejamos a Pulgarin junto al Canal. Estuvieron en su apartamento... Todo. Nosotros no cometimos ningún fallo, y en todo momento el FBI estuvo trabajando tal como tú habías previsto.

—Pero casi cuatro días más tarde, desentierran el cadáver... Esa señorita Arnold... ¿Qué les habrá dicho?

—¿Crees que Pulgarin pudo decirle algo a ella, antes de sumergirse todos para buscar coral, y ahora ella ha recordado...? No me parece probable, francamente. No se conocían de nada, jamás se habían visto... Precisamente, yo te indiqué ese lugar para eliminar a Pulgarin porque iría mucha gente, muchos sospechosos para ocupar al FBI, y eso encajaba con tu plan... Pensar en un posible entendimiento entre Pulgarin y esa muchacha me parece francamente absurdo, Toh.

—Esperaremos —susurró el oriental—. Esperaremos las noticias de Spavak.

* * *

El teléfono sonó nada menos que 4 horas y media más tarde, esto es, hacia las doce de la noche. Toh Dieb, que parecía una estatua, inmóvil el sillón, se limitó a mirar hacia el aparato, mientras Wollmer llegaba hasta él de un salto, descolgándolo rápidamente.

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, claro que está aquí... ¿Qué está pasando, Spavak?

—Bien —se volvió hacia el oriental—. Quiere hablar contigo. Toh Dieb tomó el auricular, reposadamente.

—Dime, Spavak.

—¡...!

—Cálmate. Y explica las cosas despacio y bien.

—Sí. Entiendo.

—Si.

—Sí... Sí... ¿Qué más?

—Está bien. Sigue vigilando... ¿Dónde estás?

—De acuerdo. No hagas nada; sólo vigila.

Colgó el auricular, y volvió a sentarse en el sillón. Su mirada parecía perdida en el infinito, opacos sus ojillos negros.

Wollmer hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué está pasando? —masculló.

—Los del FBI han salido del depósito de cadáveres, y han ido otra vez al apartamento de Pulgarin. Esa chica, la señorita Arnold, también ha ido con ellos allí... Y los del FBI llevaban un taladro.

—¿Un qué?

—Un taladro de esos pequeños que usan los electricistas. Ahora, ese tal Lambert, tres hombres más, y la chica, están en el apartamento... Spavak ha llamado desde una cabina pública situada en la esquina de Manakui y Kaiolo.

Wollmer, que había parpadeado varias veces, perplejo, musitó por fin:

—Un taladro. ¿Para qué pueden querer un taladro?

—Evidentemente, para hacer agujeros en las paredes, o en algún otro sitio.

—¡Agujeros...! ¡Qué tontería!

Toh Dieb movió negativamente la cabeza.

—No creo que sean tontos esos sujetos del FBI, Wollmer... si están utilizando un taladro, es porque esperan obtener resultados. Seguiremos esperando.

* * *

Hacia las cuatro de la mañana, la espera terminó. Pero esta vez,

Spavak no llamó por teléfono, sino que se presentó en la pequeña villa. Toh Dieb y Wollmer, que seguían en el salón, dormitando en sendos sillones, se despejaron completamente cuando oyeron la llegada del coche, el frenazo...

Segundos después, Spavak aparecía ante la puertaventana de la terraza, que Wollmer se apresuró a abrir. Entró como una tromba, todavía mirando como asustado, a todas partes, hasta que sus ojos se clavaron en Toh Dieb.

—¡Están desplegando todas sus fuerzas! —exclamó—. ¡Han recurrido...!

—Siéntate y cálmate —dijo fríamente Dieb—. No me gustan las precipitaciones, ni la tensión nerviosa. Empieza por el principio... ¿Qué pasó con lo del taladro?

—No lo sé... Bueno, estuvieron allá, en el apartamento de Pulgarin, como media hora. Cuando salieron, parecían tener todos mucha prisa, parecían excitados... Corrieron al coche, y se fueron directos a la Delegación del FBI. A los pocos minutos, el del cabello amarillo, salió acompañando a la señorita Arnold, y la llevó hasta su casa. La dejó allí, y él volvió a la Delegación del FBI. Hacia las tres, llegó un coche de la Armada, y un oficial salió de él y entró en el FBI. Muy poco después, llegó un coche de la Policía, y dos sujetos, uno de uniforme, se apearon, y también entraron en la Delegación del FBI. Mientras tanto, iban llegando también tipos que me parece que son del FBI. Poco después, salían los dos de la Policía, y el oficial de la Armada. Luego, comenzaron a salir agentes del FBI, y a subir en varios coches... Yo seguí al coche que ocupaba ese Lambert, el del pelo amarillo. Fueron a Honolulu Harbor. Allá, salieron todos del coche, y Lambert estuvo dando instrucciones... Todos los del FBI se quedaron por allí, separándose...

—¿Se quedaron por Honolulu Harbor?

—Sí. Sí, sí... Pero separándose. Luego, Lambert se fue con el coche, y se dedicó a dar vueltas... Estuvo haciendo un circuito en el que pude ver, por todas partes, como quien no quiere la cosa, policías y soldados de la infantería de Marina...

—Siempre hay marines paseando por la ciudad.

—Éstos no estaban paseando, sino de servicio. Muchos más de los que habitualmente suelen poner. Estoy seguro de eso, Toh. Y policías... Muchos policías por todas partes. Y hay media docena de

lanchas guardacostas suplementarias en servicio. Media docena por lo menos...

—Pero ¿qué ha podido decirles esa chica? —Casi gritó Wollmer, demudado el rostro.

—¿Qué más ha hecho el hombre del pelo amarillo? —preguntó Dieb, cuyo color también había clareado un poco.

—Está dando vueltas con el coche por todas partes. No para ni un segundo... Ni deja parar a nadie. Utiliza un coche con radio, y le he visto cada vez que se detenía hablar por ella, estoy seguro que dando instrucciones...

—¿Te has acercado demasiado? —Casi se sobresaltó Dieb.

—No... No, no. Además, están demasiado ocupados y excitados para fijarse en nadie en particular. No sé lo que ha podido decirles esa mujer, pero te aseguro que esto no me gusta nada, Toh. Han estado en el apartamento de Pulgarin, salieron de allí como flechas, y después de estar todos quietos en la Delegación del FBI han comenzado a moverse a toda prisa...

—Tienen que contar con alguna información —susurró Dieb—. Pero..., ¿qué información?

—Yo diría que eso de las lanchas guardacostas es muy significativo —sugirió Wollmer.

—No son sólo las lanchas guardacostas —dijo Spavak—. También se están movilizando tierra adentro, y...

—Eso puede ser una pantalla.

—¡No es posible que sepan nada...! —rechazó Spavak—. ¡El ruso murió, y...!

—El ruso, sí —cortó Dieb—, pero la chica, no. Y estuvieron hablando, seguramente, en la quinta de ella...

—¿Qué podía decirle Pulgarin? ¡Él no sabía nada, en realidad!

—No seas obcecado, Spavak. En primer lugar, Antón Pulgarin fue durante muchos años un agente secreto ruso de los buenos. Yo le conocía bien. Y además, él os conocía a vosotros...

—Sólo de vista —negó Wollmer—. Nos veíamos en determinado lugar, le dejábamos el dinero en una maceta o un sitio parecido, y las instrucciones, y eso era todo. Y en cuanto nos dimos cuenta de que el FBI lo estaba vigilando te lo dijimos, y enseguida tú lo preparaste todo para liquidarlo.

—Está bien... Pero estoy de acuerdo con Wollmer: eso de las

lanchas guardacostas puede ser muy significativo... De todos modos, lo importante sería saber qué les ha podido decir esa joven americana a los del FBI. Sí... Eso sería lo importante.

CAPÍTULO VIII

Natalie Arnold depositó las flores sobre la tumba de su madre, en el Oahu Cementery, y luego se quedó inmóvil allí durante varios minutos, fija la mirada en la tumba. Su actitud era recogida y triste, parecía aislada del resto del mundo. Cerca de ella, un par de jóvenes parecían dedicar también sus oraciones al difunto ante cuya tumba se habían detenido.

El rumor del tráfico en Palii Highway apenas llegaba hasta allí, y sólo a intervalos, según mandara el viento suave que hacía mecerse las hojas de los árboles. Más allá, a continuación, estaba el Nuuanu Cementery, de modo que había una considerable extensión de terreno dedicada al descanso de los difuntos. La separación entre uno y otro cementerio la constituía Nuuanu Avenue, que discurría entre ambos, un tanto profanamente...

Por fin, Natalie Arnold suspiró, alzó la cabeza, y dio media vuelta, alejándose de la tumba de su madre con paso lento, como abstraída. Cuando llegó adonde había dejado el coche, vio a los dos hombres que se apeaban de otro, pero no reparó en ellos más de lo imprescindible en una mirada normal. Ni siquiera les concedió importancia cuando ellos llegaron a su altura, y se colocaron cada uno a un lado.

Sólo volvió la cabeza cuando oyó la voz de uno de ellos:

—No se dirija hacia su coche, señorita Arnold, sino hacia el nuestro. La hemos estado esperando.

Natalie palideció, y sus labios temblaron un instante, pero consiguió mantenerse en su cometido.

—¿Qué... qué dice...?

—Cada uno de nosotros tiene una pistola: será mejor que nos obedezca. —Pero...

—Por favor, sin gestos... Hay poca gente, pero demasiada para nuestro gusto. Siga hacia el coche... Nosotros somos dos buenos amigos a los que ha encontrado casualmente aquí. ¿Comprenda?

—No. No, no... Yo...

El otro la tomó de un brazo, con gesto amable.

—No se preocupe —dijo—: sólo queremos charlar unos minutos con usted en un sitio más discreto que éste.

—No quiero ir con...

—No sea estúpida. Llevamos detrás de usted desde ayer por la mañana, y hasta ahora, no ha sido posible encontrarla sola. No estamos dispuestos a perder la oportunidad. Así que —habían llegado junto al coche de ellos—, suba al coche o la metemos dentro a golpes. Elija.

Natalie Arnold tragó saliva, y entró en el coche. Spavak pasó al volante, y Wollmer se sentó junto a ella, sonriendo secamente al captar el miedo de la muchacha, que, por cierto, no tenía nada de fingido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Spavak—. ¿Vamos hacia las montañas o al taller? Yo insisto en que es mejor ir hacia arriba.

—No. En el taller tenemos teléfono, y según lo que nos diga ella tendremos que utilizarlo rápidamente para avisar a Toh.

—Podríamos...

—Puede que la cosa resulte urgente, Spavak. Al taller. —Como quieras.

Spavak sacó el coche del estacionamiento, y poco después salían a Palii Highway. Wollmer dio una palmada en una de las rodillas de Natalie.

—Tírese en el piso del coche.

—¿Có... cómo...?

—Que se tire en el piso. No queremos que la vean con nosotros, eso es fácil de comprender, señorita Arnold.

—Pero, yo no comprendo... ¿Qué quieren de mí, quiénes...?

La pistola apareció en la mano derecha de Wollmer, y Natalie recibió el golpe, en la frente, antes de poder siquiera asustarse aún más. Sus ojos se pusieron en blanco, y, como a cámara lenta, la muchacha se fue deslizando hacia el piso del coche. Wollmer miró hoscamente a Spavak cuando le oyó decir:

—No era necesario eso, hombre.

—¿Qué importa? —replicó—. Para lo que va a vivir después de que hablemos con ella...

Colocó bien a Natalie, recogió su bolso del asiento y lo tiró sobre ella, y luego la cubrió con un periódico abierto completamente. Por fin, puso los pies encima, y encendió un cigarrillo.

—Y es una lástima —terminó—, porque la chica es toda una monada. ¿No crees que podríamos...?

—Ya veremos —sonrió Spavak—. Ya veremos. Depende de cómo quede después de que la interroguemos.

—Quedará bien, hombre. Ella no es un agente del FBI, al que para sacarle lo que saben y lo que están haciendo habríamos tenido que hacer pedazos. No... Ella, en cuanto le demos el primer golpe, comenzará a decirnos todo lo que queramos.

* * *

Confusamente, como algo lejano, oyó el golpe seco de madera, y, enseguida, el zumbido del motor se detuvo. Notó unas manos grandes y fuertes en sus brazos, alzándola. La sacaron del coche, sosteniéndola; le parecía que no tenía piernas, le dolía la cabeza, y notaba en la frente una cosa tirante, molesta.

—Pues es pesada la nena —oyó.

—Es muy alta. Oye, está fenomenal de verdad...

—Vamos a ver si despierta.

Vaya si despertó. A la primera bofetada. Natalie se despejó ya completamente, y a la segunda, que le echó la cabeza hacia el otro lado, sus ojos ya estaban desorbitadamente abiertos, fijos en el hombre que la había golpeado.

—¿Ves? —rió el hombre—. Ya está despierta. Vamos a ponerla sobre el banco de las herramientas.

La llevaron a empujones hacia una gruesa puerta de madera sucia de grasa y llena de herramientas de todas clases. La tendieron allí, y la ataron con unos delgados cables grasientos. Natalie estaba auténticamente muda de terror, mirando a todos lados. Era un local grande con ventanas altas, simplemente. Había dos o tres coches a un lado, dos de ellos con el capó alzado. En un rincón, había una escalera de madera, que ascendía hacia lo que debía ser, más o menos, la oficina del taller; del fondo de la oficina llegaba un rayo

de sol; debía haber una ventana que daba al interior de la manzana. Vio la gran puerta doble, cuyo chasquido al cerrarse había oído en primer lugar...

—¿Qué les dijo usted a los del FBI para que fuesen a desenterrar a Antón Pulgarin? —Oyó, de sopetón.

Verdaderamente, Natalie intentó hablar, pero no pudo conseguirlo. Tenía la boca seca, la garganta petrificada. Sus labios se movieron, pero ningún sonido salió de ellos.

—Me parece que está demasiado asustada —dijo Spavak—. Déjala que se reponga un poco.

—Nada de eso —negó Wollmer—. Tiene que hablar, y pronto. Si el FBI sabe algo, nosotros tenemos que ponernos al corriente. No olvides que la carga puede llegar en veinticuatro horas. Conque, jovencita —le dio una grosera palmada en un seno—, será mejor que se reponga pronto, o lo va a pasar peor de lo que se imagina. ¿Qué les dijo usted a los del FBI?

—Yo... yo les dije... les dije que... que Antón Pulgarin me había dado un recado... para ellos...

—¿Para los del FBI? —Casi chilló Wollmer.

—Sí... Sí...

—Está mintiendo —saltó Spavak—. Si fuese cierto, todo lo que el FBI hizo anteayer, habría comenzado a hacerlo desde el primer momento.

—Ah... Me parece que tienes razón. Es muy lista la jovencita, ¿verdad? Dame ese destornillador; ya veremos si sigue siendo tan lista cuando le pinche un ojo...

Natalie lanzó un alarido, pero Wollmer le puso la mano en la boca, ahogándolo inmediatamente. Desesperada, la muchacha intentó morder aquella manaza, sin conseguirlo. Lo que sí consiguió fue que Wollmer se irritase aún más, y le diera un puñetazo en el hígado, en corto, que la dejó sin aliento, desencajado el bello rostro.

—No estamos jugando, señorita Arnold —masculló Spavak—: será mejor que conteste la verdad a las preguntas de Wollmer. Usted les dijo a los del FBI algo que ha dado lugar a una movilización general; estuvo con ellos en el cementerio, en el apartamento de Antón Pulgarin, en la Delegación del propio FBI... ¿Qué les dijo? ¿Qué han encontrado ellos?

—Ahora, a ustedes —dijo una voz, por encima de ellos.

Respingaron los dos a la vez, mientras Natalie conseguía lanzar una exclamación trémula de alegría, y también volvía su mirada hacia lo alto de la escalera de madera que llevaba al despacho con ventana al patio interior de la manzana. Ella conocía perfectamente aquella voz, pero sin esta ventaja, Wollmer y Spavak también identificaron plenamente, a contrasol, al sujeto de los cabellos color amarillo, que tendía un brazo hacia ellos.

Lo que no parecieron identificar fue este gesto. No pareció ocurrírseles que al extremo de un brazo estirado hay una mano que puede perfectamente sostener una pistola.

Quizá por eso, los dos quisieron sacar la suya.

Plop, se oyó en el extremo del brazo estirado del agente del FBI.

Su reacción para disparar fue tan rápida que mientras Wollmer, con un balazo en pleno corazón, salía disparado hacia atrás, Spavak tuvo tiempo de comprender que antes de que sacase su pistola, moriría, como su compañero, así que detuvo la mano en seco, y comenzó a chillar.

—¡No dispare, no dispare...!

Estiraba los brazos hacia arriba mientras chillaba, fija su desorbitada mirada en aquella figura a contrasol.

—Mantenga los brazos en alto, dé media vuelta, saque su pistola, y tírela hacia atrás deslizándola por el suelo entre sus piernas, agachándose, no volviéndose —dijo Lambert—. ¿Me ha entendido?

—Sí, sí, sí...

—Pues hágalo.

Spavak obedeció punto por punto. Oyó las pisadas del

g-man

, descendiendo y supo que había recogido su pistola y la de Wollmer. Después, lo oyó acercarse, y finalmente, el federal lo cacheó rápidamente, hasta convencerse de que no llevaba más armas. A los pocos segundos, oía la voz de Lambert.

—¿Pat? Podéis venir, todo está bien.

Ni siquiera diez segundos más tarde, la puerta del taller era abierta, sin miramiento alguno, y varios agentes del FBI, al mando de Pat Bassey, irrumpían pistola en mano, si bien tranquilos al ver que el único hombre que estaba en pie era controlado perfectamente por Larry Lambert.

Éste sólo dedicó su atención a Natalie Arnold cuando tras una seña a sus compañeros, tuvo la plena seguridad de que Spavak quedaba debidamente custodiado. Entonces, se volvió, miró a la muchacha, y sonrió lo mejor que pudo.

—Ya ve —dijo—: ha sido fácil, señorita Arnold.

Ella se limitó a contemplarlo con los ojos tan abiertos que las lágrimas se desbordaban con facilidad estremecedora; en su lívido rostro destacaban las huellas de los golpes, pero Larry no parecía reparar en nada de eso.

Tomó unos alicates, cortó los finos cables con que la habían atado, la tomó en brazos, y la depositó en el suelo, cuidadosamente.

—¿Podrá sostenerse?

Natalie rompió a llorar, y se abrazó a él con desesperación. La sencilla astucia de Lambert de hablarle con tranquilidad, como si nada hubiera pasado, precisamente para evitar aquello, no había servido de nada. El la abrazó también, con un brazo, mientras con la otra mano le acariciaba la cabeza, en silencio. Todo lo que hizo fue volver la cabeza, para mirar a Spavak.

Una mirada normal, aparentemente tranquila..., pero Tim Carroll y Pat Eassey, que eran los que mejor conocían a Lawrence Lambert cambiaron una mirada que expresaba bien claramente algo como «no quisiera estar en el pellejo de este tipo»...

Poco a poco, Natalie se fue calmando, y por fin, Larry hizo una seña a uno de sus compañeros.

—Llévala al coche, Newley.

—Sí, con mucho...

—No —se sobresaltó Natalie—. No, no... Quiero estar contigo, Lawrence, contigo...

Lambert vaciló, pero acabó aceptando. La dejó sentada sobre una caja, y, de pronto, su mirada se fijó en un compresor de aire, de los utilizados para poner aire a las ruedas de los coches. Luego, lentamente, fue hacia Spavak que permanecía inmóvil, con los brazos todavía en alto, de espaldas a él. Se le acercó por detrás, y dijo:

—Baje los brazos y vuélvase. Vamos a hablar. —Spavak obedeció. Pudo ver entonces los negros ojos del hombre del cabello color amarillo, pero no vio nada especial en ellos: el

g-man

señaló el compresor—. ¿Es el que utilizaron para llenar con monóxido de carbono los tubos de aire de Pulgarin?

—No sé de qué me habla.

Un destello como de fuego negro apareció en los ojos de Larry Lambert.

—Le sugiero que acepte la situación —dijo secamente—. No estoy acostumbrado a perder el tiempo en tonterías cuando presiento que hay trabajo por delante. De todos modos, como sé positivamente que ese aparato fue el que utilizaron, pasaremos a preguntas más interesantes: ¿para quién trabajan y qué pretenden?

Spavak apretó los labios..., y Larry Lambert se los partió, de un escalofriante directo que derribó de espaldas, aparatosamente, al «duro» personaje. Tras el revolcón, Spavak se colocó boca abajo, apoyó las manos en el suelo, e intentó ponerse en pie... El pie derecho de Lambert se hundió con espantosa fuerza en su estómago, pasando bajo su cuerpo en un movimiento como de cuchara. Spavak lanzó un alarido, dio un salto, y volvió a caer de espaldas, tras la media vuelta en el aire. Inmediatamente, se encogió, quedó de lado, en forma de cuatro, con las manos en el estómago, los ojos desorbitados el rostro desencajado, prácticamente desvanecido.

Larry Lambert puso en marcha el compresor, y acercó la salida del aire, al rostro de Spavak, que lo aspiró ansiosamente por su ensangrentada boca. Sentada en la caja petrificada, Natalie Arnold había vuelto a desorbitar los ojos, fijos en el

g-man

. Los agentes del FBI, simplemente miraban a Spavak, indiferentes.

—¿Cómo se llama usted?

—Spavak, Kol... Spavak...

—Pues bien, Spavak, espero que lo haya comprendido todo bien: sabemos exactamente todo lo que ocurrió con respecto a Antón Pulgarin, pero, lo hicieron tan bien que realmente cortaron nuestra pista. Lo de movilizar a la señorita Arnold fue idea mía, con el fin de llamar su atención, de alarmarles. Y, mis esperanzas se han cumplido: ustedes han querido saber qué nos había dicho ella para que fuésemos a desenterrar a Pulgarin, fuésemos a su apartamento con un taladro, como si esperásemos encontrar algo en las paredes, luego la movilización general de hombres... Una simple triquiñuela, está claro. Ahora, seguiremos preguntando: ¿qué es lo que están

tramando y al mando de quién?

—No sé nada de...

—No sea estúpido. Lo que le he hecho hasta ahora no es nada comparado con lo que puedo llegar a imaginar. Puede que tarde una hora en convencerle, pero para entonces, usted estará hecho pedazos. Estoy seguro de que podré convencerle, entiéndalo; nadie resiste hasta el final. Pero si quiere, seguiremos. ¿Qué contesta?

—Toh Dieb... Se llama Toh Dieb.

—¿Ése es el nombre de su jefe? Bien; ¿dónde podemos encontrarlo?

—En el ciento seis de... de Puunoa, en...

—Sé dónde está Puunoa Place. ¿Cuál es su objetivo?

—Quiere... quiere minar todo Pearl Harbor.

Una brusca palidez apareció en los rostros de los que le rodeaban.

—¿Minar Pearl Harbor? ¿Por qué?

—Como represalia por el minado de los puertos de Vietman del Norte por parte de ustedes, los norteamericanos.

Todavía pálido, Lambert insistió en sus preguntas:

—¿De dónde va a sacar las minas, todo el material necesario para colocarlo en Pearl Harbor?

—Están a punto de llegar, en un pesquero.

—¿Cómo se llama ese pesquero?

—Ya le habrán pintado el nombre de *Palaoka*...

—¿Para cuándo lo están esperando?

—Antes de veinticuatro horas.

—¿Y su rumbo?

—Lo ignoro... ¡No lo sé, lo juro! Sé que al llegar, de noche, irá tirando al mar las minas, metidas en cajas que parecen de pescado.

—¿Qué clase de minas son? —siguió preguntando Lambert, cada vez más pálido.

—No lo sé... Sólo sé que son de suspensión, de las que se mantienen entre dos aguas.

—¿Son de tiempo o de explosión por mando a distancia?

—De tiempo...

—Eso quiere decir que están destinadas a explotar, no a permanecer simplemente bajo el agua como una amenaza. ¿No es eso? —Spavak no contestó, y Larry lo lisió furiosamente por la ropa,

alzándolo—. ¿No es eso? ¡Contesta!

—¡Sí, sí, eso es, sí...!

El puño libre de Lambert se cerró, y por un momento, pareció que fuese a golpear a Spavak, pero se contuvo.

—¿Dónde piensan colocar exactamente las minas?

—En la boca del puerto, entre Hammer Point y

Bis-hop

Point.

—Entiendo... No sólo causarán el pánico en toda Honolulu, sino que, por bastante tiempo, dejarán cerrado Pearl Harbor. ¿Es así?

—Sí.

—Y naturalmente, ninguno de ustedes ha pensado en las víctimas que va a ocasionar este acto, ¿verdad? Un grupo de minas capaz de cegar la entrada de Pearl Harbor tiene que causar forzosamente muchas víctimas, especialmente en la Reserva Naval de Fort Weaver Cientos, quizá miles de víctimas. ¿Cuál era la parte de ustedes, y de Antón Pulgarin?

—Cada uno de nosotros, dotados con radios y lanchas, tenía que controlar un punto de la entrada a Pearl Harbor, para dirigir la llegada y descarga de las minas, también por radio, dando instrucciones a los del pesquero...

—Larry —se adelantó, Bassey, con los puños cerrados, y el rostro desencajado—. Larry, déjame a mí. ¡Déjame ese tipo a mí, para...!

—Estate quieto —gruñó Lambert—. Y usted, Spavak, dígame, ¿para quién está trabajando este Toh Dieb? ¿Para Hanoi? ¿China? ¿Rusia...?

—No lo sé. No sé eso.

—Está bien... Supongamos que ya han sido descargadas las minas. ¿Qué más?

—No sé... Creo que el capitán de ese pesquero irá a ver a Toh Dieb, para decirle que el trabajo está hecho. No sé nada más. Toh Dieb nos pagaría entonces, y nosotros nos iríamos a Oahu.

—¿Y él?

—No lo sé. Supongo que también se iría..., a menos que esté loco.

Larry Lambert se pasó la lengua por los labios.

—Yo creo que ya está loco ahora —musitó—. Así que habrá que

llevarle una camisa de fuerza. ¿Está ese chiflado esperando noticias de usted y de su compañero?

—Sí... Naturalmente.

—Naturalmente —asintió Lambert—. Pues bien, vamos a proporcionarle esas noticias. He visto un teléfono arriba. Va usted a llamar a Toh Dieb, Spavak, y le va a decir que han conseguido atrapar a la señorita Arnold, y que ella les ha dicho que todo ha sido una jugada del FBI, que no sabemos nada; que hemos hecho un intento, a ver si alguien se movía y conseguíamos una pista. Luego, le pregunta que qué hacen con la muchacha, y... Sí, si ese pesquero tiene que llegar antes de veinticuatro horas, y ha de hacerlo durante la noche, tiene que ser esta noche... Dígale que su compañero y usted se van directos a las lanchas, para esperar ya el pesquero mientras vigilan sus respectivos puntos de control para asegurarse de que a pesar de la vigilancia puede hacerse el trabajo. Como él ya estará al corriente de que las lanchas guardacostas no están vigilando nada en especial, sino sólo queriendo asustar a alguien, creará que todavía se puede hacer. ¿Ha comprendido bien lo que tiene que decir, Spavak?

—Sí, sí.

—Si noto en el tono de su voz, que ya conozco, la menor inflexión extraña, o dice una sola palabra de más, las cosas van a complicarse para todos, pero especialmente para usted. ¿Lo entiende?

—Sí, Pero ¿qué hago si Toh Dieb dice que Wollmer y yo vayamos allá?

—Si dice eso, dígale que de acuerdo, que salen para ahí. Vamos, camine...

Lo puso en pie de un tirón, y lo dejó, vacilante, al captar la señal de Carroll, que se lo llevó hacia un rincón, lejos del alcance auditivo de Spavak.

—¿No estás complicando las cosas, Larry? Sería de lo más simple ir a buscar a ese Toh Dieb unos cuantos de nosotros, y luego ocuparnos del pesquero: una lancha torpedera puede hundirlo en cuestión de segundos.

—Ya lo sé. Pero no me gustaría que para entonces los del pesquero hubiesen activado las minas, y que alguna de ellas no explotase. En ese caso, tarde o temprano, alguna podría ir

derivando entre dos aguas hacia la costa... y quizá tuviese tiempo de llegar a una playa cualquiera antes de que se cumpliese el tiempo fijado para la explosión... ¿Te imaginas una mina que explotase mañana por la mañana en Waikiki, por ejemplo?

—Bueno, yo... —Palideció Carroll.

—También hay que tener en cuenta que, con toda lógica, ese pesquero entrará en el alcance de una radio que el tal Dieb debe tener. El capitán del pesquero podría amoscarse si Toh Dieb no le contestaba, y si para entonces nosotros no habíamos encontrado el pesquero, ¿quién sabe lo que podría pasar? Quizá tirase las minas allá donde estuviese, diese media vuelta, y, aunque lo alcanzásemos más o menos pronto, sería una tarea terrible localizar todas esas minas derivando hacia las playas de Honolulu. Los riesgos son demasiado grandes, Tim. Hay que confiar a Toh Dieb, hay que dejar que reciba la llamada del pesquero y le diga que todo sigue bien, sobre todo después de que Spavak le llame por teléfono... Más que Dieb, nos interesa localizar el pesquero *Palaoka* y apoderarnos de él antes de que las minas sean echadas al mar. Si no podemos hacerlo así, pues... no nos quedaría más remedio que hacerlo como tú has dicho.

Carroll se pasó el pañuelo por la frente.

—Bueno —jadeó—. Tú has sido más especialmente entrenado que yo para estas cosas... Perdona esa tontería mía.

Lambert le dio una palmada en un hombro, y volvió a ocuparse del prisionero, señalando hacia la escalera de madera que llevaba al despacho.

—Arriba, Spavak. Y usted verá lo que le conviene decir y cómo lo dice. Si lo hace bien, habrá pocas víctimas, y, con suerte, ninguna de las que podamos lamentarnos, y eso se le tendrá muy en cuenta. Si lo hace mal, y Toh Dieb llega a sospechar que algo no está a su gusto..., tendremos que resolver las cosas por la tremenda..., pero las resolveremos, y usted no tendrá ciertas consideraciones. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues no hay más que decir.

CAPÍTULO IX

Hacia las tres de la madrugada, uno de los tripulantes del pesquero *Palaoka* se precipitó escaleras abajo, y, antes de llegar ante el sujeto calvo, de ojos menudos y expresión torva que estaba fumando en pipa cómodamente tendido en una de las literas, exclamó:

—¡Viene hacia nosotros una lancha guardacostas, Doi!

El llamado Doi se incorporó, lentamente, y sonrió como muy divertido.

—Cálmate —señaló hacia la mugrienta taquilla donde tenían camuflada la segunda radio de a bordo—. Hace menos de diez minutos que he hablado con Toh Dieb, y dice que todo está bien... ¿Falta mucho para llegar a Honolulu?

—Menos de diez millas. Pero esa lancha...

—Están dando palos de ciego. No saben nada. Si así fuese, Toh me lo habría advertido —sonrió más anchamente—. Todo eso se debe a una jugada de un «inteligente» hombre del FBI. Dentro de muy poco, empezaremos el contacto con los hombres que esperan vigilando para darnos instrucciones desde sus lanchas. Llama a Kailo y que tome su puesto de capitán por mí, con toda la documentación... Todo está en regla.

—Pero si a los de la lancha guardacostas se les ocurre mirar en las cajas de pescado que...

—No digas tonterías. ¿Desde cuándo los guardacostas se dedican a remover el pescado en las cajas? Ya te he dicho que no saben nada de nada, que es un truco... Además, es normal encontrar una lancha guardacostas. Procura portarte con naturalidad o... Será mejor que yo suba: no quiero que ninguno cometáis una estupidez. Vamos.

Subieron a cubierta, y enseguida vieron la potente luz de la

lancha guardacostas, que se acercaba ya lentamente. El *Palaoka* había parado sus motores, y prácticamente no se movía ya...

—¡Kailo! —llamó Doi—. ¡A lo tuyo!

Un polinesio se adelantó, asintiendo con la cabeza. La lancha guardacostas llegó junto al pesquero, que tendió la escala de cuerdas. Segundos después, el joven oficial, comandante del guardacostas de la U.

S. Navy,

aparecía en cubierta, seguido de un suboficial y dos marinos. Kailo se adelantó, y el oficial saludó llevándose la mano a la visera.

—Buenas noches —sonrió—. ¿Es usted el capitán?

Doi miraba de uno a otro, desplazando velozmente sus pequeños ojillos crueles. Estaba detrás de los demás ocupantes del pesquero, en zona sombreada. Expectante, asistió a la conversación y a la rutina del joven oficial, que parecía tener no poco sueño... En menos de tres minutos, todo quedó solucionado, y, desde luego, a nadie se le ocurrió pedir examinar las cajas de pescado. No hacía ni cinco minutos que el *Palaoka* había parado sus motores cuando de nuevo los ponía en marcha, mientras la lancha guardacostas se alejaba, siempre paralela a la lejana costa. Cuando el resplandor de su poderoso foco se alejó, Doi pudo contemplar mejor el de la ciudad de Honolulu, que teñía de colores las aguas...

Una dura sonrisa apareció en los delgados labios de Doi. Muy pronto, Honolulu iba a recibir un golpe, que, aunque no tendría comparación con el que le asestaron los japoneses hacía ya treinta años, les daría mucho qué pensar.

—Os enseñaremos a minar puertos —susurró Doi. Dirigió una última hostil mirada a la lancha que se alejaba, y decidió volver abajo, para llamar a Toh Dieb y decirle que todo había pasado sin riesgo, alguno, y que salvo instrucciones de última hora en sentido contrario, iban a empezar a colocar las cajas de pescado con las minas para dejarlas listas sobre cubierta, en su totalidad—. Sí, os enseñaremos a colocar minas en los puertos.

Desvió la mirada de la lancha, y, sin saber por qué, la dirigió hacia atrás, a popa.

Sus diminutos ojillos parpadearon velozmente, dando suelta a su incredulidad. Su boca se abrió en un gesto de estupefacción al ver aquella sombra erguida, alta, a menos de cinco pasos de él. Llevaba

algo de tono claro en el extremo de un brazo, algo que brillaba... Por detrás de aquella sombra, aparecieron dos más, y Doi tuvo que comprender, al fin. Abrió la boca, para gritar que el pesquero se estaba llenando de hombres-rana, pero, el hombre al que primero había visto dio otro paso, y aquella cosa brillante que tenía en un extremo del brazo derecho se llenó de color anaranjado, estalló.

La bala reventó la bolsa de plástico con que había estado protegida la pistola, y los gases la inflamaron. Pero mientras el hombre-rana sofocaba la pequeña llamarada entre sus muslos con el traje de goma, Doi lo pasó mucho peor: la bala le acertó en el centro del pecho, y lo tiró hacia atrás como si fuese un ligero muñeco de paja.

El alarido de Doi al recibir el balazo originó la natural alarma en el *Palaoka*. El hombre que le había llevado la noticia de que se acercaba una lancha guardacostas, apareció, seguido del polinesio Kailo, ambos desconcertados.

—¡Doi! ¿Qué es lo...?

Plop. Plop.

Los dos foganazos estallaron en las manos de otros tantos hombres-rana, y Kailo y el otro cayeron como fulminados, mientras el resto de los tripulantes se repartían a toda prisa por el pesquero, especialmente hacia proa..., donde aparecieron en la borda dos hombres-rana más, también con bolsas de plástico protegiendo sus pistolas.

—¡Quietos! —Vibró una voz—. ¡Quietos todos donde están!

* * *

En alguna parte, sonó un disparo, y uno de los hombres-rana lanzó un grito, y cayó de rodillas sobre la cubierta. El que estaba a su lado, disparó, y el tripulante que acaba de hacerlo recibió el balazo en pleno rostro, destrozándose y tirándolo de espaldas. Desde popa, los tres hombres-rana que ocupaban aquella posición, hicieron un disparo más cada uno, y tres hombres se vinieron abajo, lanzando alaridos de dolor... Los demás inmediatamente, levantaron los brazos, agrupándose.

—¡Atadlos! —gritó el más alto de los hombres-rana.

Pasó a toda prisa por estribor, y llegó junto al caído de rodillas,

que estaba intentando ponerse en pie, jadeando:

—No es nada... No es nada, Larry... Ha sido en el muslo. ¡Te digo que no es nada, maldita sea!

—Pues es una lástima, porque si te hubiesen matado, Gertrie no tendría que pedir el divorcio, y todo sería más fácil para ella y para mí.

—¡Vete al demonio!

Larry Lambert dirigió una mirada hacia sus compañeros, que habían ordenado a los tripulantes del pesquero que se tendiesen sobre cubierta boca abajo, con las manos en la nuca, y asintió con la cabeza. Todo iba bien. Un herido a cambio de apoderarse de aquel modo del pesquero, era bien poca cosa. Aunque ese herido fuese precisamente su predilecto amigo y compañero Tim Carroll.

—¡Pat!

—¿Qué hay, Larry?

—Ve abajo, a ver si encuentras un botiquín, o algo que pueda servirnos para atender provisionalmente a Tim... ¡Newle, hazle la señal al guardacostas!

—¡Okay, Lambert!

—¿Me quieres dejar ya? —farfullaba Carroll—. ¡Te digo que estoy bien, idiota!

—Cierra la bocaza. Bien pensado, prefiero lo del divorcio: no me gusta dejar niños huérfanos. ¡Maldita sea, estate quieto de una vez o te rompo la cara!

Carroll desistió de sus intentos de ponerse en pie luchando con Lambert y éste abrió la pierna del traje de goma, dejando al descubierto el boquete de la herida perfectamente limpio y concreto, sin desgarrones. Acabó de cortar el traje de goma, y se volvió.

—¡Pat! —aulló.

Bassey apareció corriendo y refunfuñando. Depositó lo que había encontrado, sobre el vientre de Carroll y Lambert recurrió en primer lugar al frasco de alcohol, rociando la herida, y sonriendo cuando Tim lanzó un aullido.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Algo no va bien?

Carroll soltó un bufido, y se sumió en un hosco silencio. Bassey sonreía... Sonreía porque pensaba que tenía buenos motivos: un amigo cojo aunque sólo sea por unos días, vale infinitamente más

que un amigo muerto.

—Atiende a los del guardacostas —dijo Lambert—. Que los especialistas que hemos traído se encarguen inmediatamente de las minas, Pat.

—Bien. Oye, Tim, ha sido divertido el viaje en la plancha remolcados por el guardacostas, ¿eh? ¿Cuándo te parece que podríamos repetirlo?

—No te metas con él —rió Lambert—. Está que muerde. Ve a lo tuyo, Pat.

—Vale —le dio una palmada a Carroll en la cabeza—. Hasta luego, paticojo.

* * *

—Treinta y seis en total —dijo uno de los especialistas, todavía sudoroso—. Todas desmontadas ya, Lambert.

—Buen trabajo, muchachos. ¿Mucha potencia en total?

—Bueno... Digamos que si hubiesen estallado todas, nos habría gustado estar en la otra punta de la isla.

—Entiendo —murmuró sombríamente el—

g-man

. Siento que no hayan terminado a tiempo de marcharse con Carroll en el helicóptero, pero había que atenderlo bien y pronto.

—Eso no importa. Nos iremos en la lancha, si no hay nada más que hacer.

—No —movió Lambert la cabeza—. Lo que queda por hacer, lo haremos nosotros, y, si acaso, nos ayudarán los hombres del pesquero. Gracias a todos. Aunque... Esperen un momento, por favor. ¡Pat!

—¡Dime!

—Vuelve a llamar: quiero saber si ese Toh Dieb continúa en su villa.

Patrick Bassey sacó la radio de bolsillo y apretó el botón:

—Darrell, Larry quiere saber si ese tipo sigue ahí.

—Nadie ha salido de la casa —se oyó, metalizada, la voz de Stan Darrell—. ¿Qué hacemos?

Bassey miró a Lambert, que dijo:

—Que esperen.

—Stan —pasó la orden Bassey—: esperad a Lambert.

—De acuerdo.

—Vale. —Bassey cerró la radio, la guardó, y se quedó mirando un poco perplejo a Lambert—. ¿Qué es lo que haríamos nosotros ayudados por estos tipos, Larry?

—Si por cualquier circunstancia, Toh Dieb tuviese alguna jugarreta especial, tendríamos que engañarlo, tirando al mar las cajas de pescado..., pero sin las minas.

—No entiendo muy bien.

—Puede que creamos que está en la casa y no sea así, Pat. Quizá esté por aquí cerca, es decir, cerca de Pearl Harbor, esperando ver el pesquero, con prismáticos, para asegurarse de que deja caer las minas. Si así fuese, y el pesquero no hiciera eso, jamás lograríamos atrapar a ese sujeto.

—Pero los muchachos dicen que está en la casa...

—Dicen que nadie ha salido de la casa, que no es lo mismo. ¿Tú no serías capaz de salir de un sitio escabulléndote?

—Lo intentaría, si me daba cuenta de que me habían cercado.

—Pues es muy posible que Toh Dieb se haya dado cuenta. Quizá ha estado llamando a Wollmer y a Spavak, y al no recibir respuesta, ha podido pensar que no todo iba tan bien como ha estado creyendo. Ese Toh Dieb tiene que ser un sujeto inteligente, no nos engañemos... Dame un cigarrillo.

—Sí, hombre... ¿De dónde lo saco? Y oye, a ver si te compras, que desde que has llegado estás fumando gratis, tío listo.

—Me compraré tabaco cuando me suban el sueldo.

—¿Nos van a subir el sueldo? —exclamó Bassey.

—A mí, sí. Si termino bien esto, pronto me nombrarán inspector, y seguramente, Hadaway me destinará en las Hawai como jefe director del grupo de contraespionaje.

—¡Por todos los...! ¡Ésta sí es una buena noticia! ¿Se lo has dicho a Tim?

—No. La emoción podría haberle acelerado la hemorragia.

Hubo una alegre carcajada general. Alegría que estaba más que justificada: realizar una operación como aquélla sin tener baja alguna, permitía bromear sobre una herida que, todos lo esperaban, no tendría ninguna consecuencia grave.

—Y además —dijo de pronto Bassey—, estoy seguro de que

saldrá lo que le dije al jefe.

—¿A qué te refieres?

—Me apuesto cinco pavos a que encima de que tienes suerte por todos lados, y que te van a nombrar inspector precisamente en Hawái, te vas a casar con un bombón rodeado de millones de dólares.

—Bah, bah, bah... ¿Quién piensa en casarse? —rechazó la idea Larry Lambert.

—Hombre —intervino un

g-man

, pues yo mismo, si me pusieran las cosas de ese modo.

Esta vez la carcajada fue aún más sonada.

Sonriendo, Larry se acercó adonde yacían, atados de pies y manos, los hombres del pesquero que habían conservado la vida. Permaneció pensativo ante ellos, y, por fin, encogió los hombros.

—Muy bien, Patrick, te dejo al cargo de todo esto. Yo me voy a la guardacostas.

—Escucha, podríamos dejar a otro al frente de esto, que a fin de cuentas ya está solucionado, ¿no?

—Podríamos —admitió Larry—. Pero ¿con qué objeto?

—Preferiría ir contigo.

Larry Lambert movió negativamente la cabeza.

—No —murmuró—. Te lo agradezco, Pat, pero no.

Tengo un gran interés personal por conocer a ese Toh Dieb.

—¿Con qué objeto? —retrucó Bassey.

—En espionaje siempre se puede aprender algo... Luego hay otra cosa: quiero ver si consigo saber de quién o quiénes ha sido la idea de minar Pearl Harbor. Si a nosotros siempre se nos piden responsabilidades, también nosotros tenemos derecho a pedir las, ¿no te parece?

—Hombre, sí, pero... Bueno, dudo mucho que consigas nada.

—A decir verdad, yo también. Mmm... Pero quizá saque algo en claro de los métodos de ese Toh Dieb..., algo que pueda servirme para seguir ejerciendo el espionaje en el futuro con más perfección. Bien, Pat: hasta la vista.

—Ten cuidado, Larry. Un sujeto así... —Espero estar a la altura de las circunstancias, no te preocupes.

Le dio una palmada en un hombro, se despidió con un gesto de

los demás, y pasó a la lancha guardacostas. Poco después, ésta se dirigía hacia tierra firme.

CAPÍTULO X

Stan Darrell movió negativamente la cabeza.

—Nada. Nada de nada. Nadie ha entrado, nadie ha salido... Y parece que no hay nadie en la casa.

Larry Lambert asintió con la cabeza, y se quedó mirando la villa de Toh Dieb. Hacía apenas un par de minutos que había amanecido. Un día hermoso, radiante, lleno de paz. En los árboles se oía piar de pajarillos. La calma era absoluta.

—Iré a echar un vistazo —musitó por fin.

—¿Solo?

—Claro.

—Pero... Bueno. —Darrell se pasó la lengua por los labios—, yo creo que es una imprudencia, Lambert. Puede haber muchos hombres ahí dentro...

—No es eso lo que temo, porque los espías como ése suelen utilizar poco personal. Digamos, el imprescindible... Y el personal imprescindible con que contaba, ya no puede ayudarle en nada. Si está, estará solo.

—Entonces, más motivo para que vayamos todos tranquilamente, y...

—Todos vosotros esperaréis aquí —gruñó Larry.

Y sin más explicaciones, se dirigió hacia la casa. Stan Darrell se escalofrió al verlo caminar hacia allí como si nada pudiese ocurrirle, e inmediatamente recurrió a su radio de bolsillo.

—Muchachos, Lambert va hacia la casa. Vigilad bien, cubridlo... Maldita sea, ¡ese Lambert está chiflado! Lo pueden acribillar con toda comodidad.

Pero no.

Nada sucedió. Larry Lambert llegó a la casa, subió al porche, y,

como si fuese una visita corriente, pulsó el timbre. En sus labios había una seca sonrisita.

La puerta fue abierta por una muchacha, que sonrió dulcemente al agente del FBI. Por toda indumentaria llevaba un reducido sarong floreado, que le sentaba estupendamente a su juventud y belleza.

—Buenos días —saludó el

g-man

—. Me llamo Lawrence Lambert, y soy agente especial del FBI. Sección Contraespionaje. Quisiera ver al señor Toh Dieb.

—Oh, sí —admitió con cantarina voz la muchacha—. Pase, por favor, él le está esperando.

Larry Lambert no se sorprendió lo más mínimo. Entró en la casa, la muchacha cerró la puerta y señaló hacia el fondo del vestíbulo. Fueron los dos hacia allá, ella abrió otra puerta, y el federal entró, siempre tranquilo, inalterable.

Enseguida vio a Toh Dieb.

Estaba sentado en el suelo, delante del abierto ventanal que daba al jardín. Junto a él había una mesita baja, en la cual se veían cigarrillos y una botella de *whisky*. Él lo miró, sonrió y le hizo señas para que se acercase.

—Venga, por favor, señor Lambert... ¿Quiere sentarse?

Larry se sentó en el suelo, y cruzó las piernas. Toh Dieb lo contemplaba con simpática sonrisa, posiblemente pensando en las dificultades del

g-man

para recoger tan largas piernas.

—Hermoso día, ¿verdad? —dijo Larry—. Se diría que el mundo está en paz, que todo va bien.

—El mundo siempre va bien. Somos los demás los que lo estropeamos. ¿No está de acuerdo con ello?

—Completamente.

Se contemplaban los dos con curiosidad, expectantes. Ambos sabían que la jugada clave podía surgir en cualquier momento.

—¿Quiere desayunar? —ofreció Dieb.

Larry dirigió una mirada a la botella de *whisky*.

—No es por despreciar su invitación, Dieb, pero no bebo casi nunca. Además, quizá es un poco temprano, ¿no cree?

—Lo es, en efecto. En cuanto a mí, beber o no beber un poco de

whisky a estas horas ya no tiene importancia, supongo... No creo que disponga de tiempo para que me siente mal.

—Depende —murmuró el

g-man

—. No siempre se pierde la vida aunque se haya fracasado en una misión.

—Entiendo que todo mi plan ha sido ya... debidamente controlado por usted.

—Y por mis compañeros.

—Sí, claro. Dígame, ¿ha venido a ofrecerme un trato?

—Así es.

—Estupendo... Le escucho, señor Lambert.

—Veamos, Dieb. Esta misión que se le encomendó a usted no es precisamente cosa de... principiantes. Desde el primer momento admito que estoy frente a un agente de auténtica categoría, así que no voy a andar con estúpidas mentiras. Éste es el trato, su vida, y la pena mínima por espionaje, a cambio de la información que usted sabe voy a pedirle.

—Usted quiere saber quién me ordenó minar Pearl Harbor.

—Desde luego. Naturalmente, yo tengo mis ideas al respecto, puesto que se trata con toda evidencia, de una represalia norvietnamita. También sé que en Washington obtendrán las conclusiones acertadas sobre todo esto Sin embargo, no es lo mismo obtener conclusiones o hacer conjeturas que todos sabríamos que eran las acertadas, a disponer de una prueba completa. ¿Me explico?

—Con toda claridad. Digamos que, más o menos, usted pretende ponerme en la televisión americana, y luego distribuir la película por todo el mundo, para que todo el mundo sepa quiénes han ordenado que Pearl Harbor sea minado.

—Más o menos —sonrió Lambert.

—Vaya... ¿No es usted demasiado ambicioso, señor Lambert?

—En general, soy un tipo tranquilo, pero... cuando me lanzó, me lanzo. O todo o nada. Un éxito lo quiero completo, no a medias.

—Sí, entiendo eso... ¿Le gustaría desayunar alguna cosa especial?

Larry Lambert parpadeó, antes de quedarse mirando con los párpados entornados al oriental.

—Puesto que es tan amable, y pese a que es demasiado temprano para empezar a masticar, aceptaré. Fruta, desde luego.

Toh Dieb batió palmas, y sonrió. Segundos después, la puerta se abría, y aparecía la muchacha que había abierto la puerta al *g-man*

. Toh Dieb dijo algo en su idioma, y la muchacha se retiró. Mientras tanto, Larry no la había perdido de vista. Sabía ya que Toh Dieb no podía tener ningún arma oculta, pues la habría notado en su ropa, pero... no se fiaba de nadie. No había que tomarse muy en serio aquella entrevista, además. Los dos sabían que la amabilidad era fruto de conveniencias respectivas.

—Vamos a ver —dijo Toh Dieb—. Yo expondré las cosas de otro modo, señor Lambert. Mire, si yo me hubiese dedicado a un espionaje... convencional, aceptaría inmediatamente su oferta, sin vacilar. Pero, como usted sabe, mi actividad tendría que ser clasificada incuestionablemente en lo que llamamos espionaje criminal. ¿No es así?

—Temo que es así.

—¿Y sin embargo, usted me ofrece mi vida? —Por supuesto.

—¿Tiene usted autoridad suficiente para hacer eso?

—Prácticamente, soy ya el jefe del Contraespionaje del FBI en las Hawai. Tengo, pues, autoridad para hacer ese... convenio.

Toh Dieb se pasó una mano por la boca, pensativo, fijos sus relucientes ojos en los del agente del FBI. Todavía estaba vacilando cuando la puerta volvió a abrirse, y apareció la muchacha... acompañada de otra muy parecida. La primera llevaba una bandeja con fruta, la nueva, con café. Se acercaron a ellos, y las depositaron en la mesa. Larry las miró atentamente, y volvió a dedicar su atención a Toh Dieb, que en aquel momento preguntaba:

—¿Y cuál sería esa pena mínima por espionaje?

—Eso no lo sé. Se entiende la mínima que pudiésemos conseguir razonablemente.

—Entiendo. ¿Y luego? Supongamos que me condenasen a cinco o diez años de prisión... ¿Qué pasaría luego?

—Eso sería cuenta exclusivamente suya, Dieb. Claro está que lo expulsaríamos de Estados Unidos, pero no creo que eso le ocasionase excesivos problemas a un hombre como usted.

Toh Dieb asintió todavía pensativo.

—Le voy a decir una cosa, señor Lambert, usted todavía tiene mucho que aprender en espionaje... Mucho.

—Lo sé. Pero...

—Espere, déjeme terminar. En primer lugar, le diré que no debe usted creer jamás en las promesas que le hagan sus enemigos. Y menos, en cuestiones de espionaje. En segundo lugar, tiene siempre que pensar en que sus enemigos, y sobre todo en mis circunstancias, lo único que desean es su muerte. Cállese. Mire, mi posición quizá le resulte un tanto sorprendente, pero a mí ya no me importa vivir o morir. En cuanto a su oferta de unos años de cárcel, es una estupidez para un hombre como yo. Voy a morir, eso es todo. Y ahora, dígame: ¿cuál cree que puede ser el único objetivo de mí ya corta vida en estas circunstancias?

—Dígamelo usted.

—Con gusto: mi único objetivo es, lógicamente, causar el máximo daño a mis enemigos. ¡Matadlo!

Larry Lambert no tuvo ni tiempo de respingar. Las dos muchachas se abalanzaron contra él, cuchillo en mano, y lanzaron el golpe a la vez... Lo único que pudo hacer Larry fue echarse hacia atrás, de modo que las brillantes hojas de acero pasaron rozando su pecho y un hombro. Siguió la vuelta hacia atrás, rodó sobre la nuca, y se puso en pie de un salto que sirvió para alejarle de las siguientes cuchilladas.

Ante él, las dos bellas jovencitas se habían transformado. Ya no había dulzura en sus rostros. Pero tampoco odio, o furia. Impasibles, se disponían a matar, eso era todo. Y mientras tanto, Toh Dieb, impávido, asistía a la escena. Ni siquiera se había movido.

Ni se movió cuando comprendió que la situación había cambiado radicalmente. Perdida la oportunidad de asesinarlo por sorpresa, las dos jovencitas no parecían tener grandes probabilidades de vencer al gigantesco agente del FBI, que sólo tenía que sacar su pistola y disparar.

Pero, en lugar de eso, Larry Lambert, todavía demudado el rostro, ordenó:

—Dejen eso. No quiero lastimar a unas niñas. ¡Vamos, dejen caer los cuchillos!

Las dos muchachas miraron a Toh Dieb, pero éste movió

negativamente la cabeza. Y ambas volvieron a la carga... para desdicha suya, Larry Lambert se apartó de la trayectoria de ambas, que pasaron por su lado vacilantes al fallar una vez más el golpe. Asió a una por la muñeca, le hizo dar la vuelta, y descargó un puñetazo en la delicada barbilla. La muchacha puso los ojos en blanco, y se desplomó como muerta al soltarla el

g-man

que se volvió hacia la otra, que nuevamente volvía a la carga.

Esta vez, ni siquiera le permitió llegar hasta él.

Alzó la pierna derecha, y la disparó, paralela al suelo en un terrorífico patadón de karate, que acertó de lleno en el vientre a la bella jovencita. El resultado no pudo ser más espectacular y grotesco: la muchacha salió disparada hacia atrás, por el aire, como una muñeca de trapo, rebotó en el sofá, dio la vuelta, cayó sentada, sus piernas se separaron y el busto se inclinó hacia adelante, quedando pegado al suelo entre ambas piernas, como en una perfecta ejecución de movimiento gimnástico...

Para entonces, Larry Lambert sí había sacado ya su pistola, y apuntaba con ella a Toh Dieb, que le contemplaba con risueña expresión.

—No mueva un solo dedo, Dieb —jadeó Larry.

—Es usted un hombre difícil, señor Lambert —casi rió el oriental —. Un tipo duro... ¿no lo dicen ustedes así? Creo...

—Ya cierre la boca. —Larry sacó la radio de bolsillo, y abrió el canal—. Darrell, podéis venir ya.

—¿Qué ha pasado? —Se oyó la excitada voz del otro federal.

—Tranquilo. Todo está bien. Venid a la casa. Hay que buscar la radio, y algún otro detalle que pueda servirnos. Es todo.

—Estamos ahí en diez segundos.

—Vale.

El

g-man

cerró la radio, dirigió una mirada a las dos bellas jovencitas, y masculló algo, descontento de sí mismo. Cuando miró a Toh Dieb, captó la amplísima sonrisa de éste. Una sonrisa en absoluto alegre. Era una sonrisa... extraña. Muy extraña, porque reflejaba un sentido de victoria.

—Póngase en pie —ordenó Larry.

—Estoy bien sentado —rechazó sosegadamente Toh Dieb—. Sí, señor Lambert..., usted es un buen espía, y un hombre muy efectivo, pero... todavía le quedan muchas muchas cosas por aprender. ¡Hasta pronto!

Movió la mano derecha, velozmente, llevándosela a la boca. Larry se envaró, y casi apretó el gatillo... Pero su mente fue más rápida que sus músculos. En aquella fracción pequeñísima de tiempo, la verdad brilló, provocándole un estremecimiento, una súbita palidez.

Se abalanzó hacia Toh Dieb, y, dejando la pistola a un lado, intentó abrir su boca, apretando con los dedos en las mandíbulas. Toh Dieb pudo resistir aquella fortísima presión durante un par de segundos solamente. Pero fueron suficientes. Para cuando sus mandíbulas fueron separadas, el cianuro ya había hecho su velocísimo efecto.

* * *

Aterrado, el agente del FBI se quedó contemplando la pequeña cantidad de espuma verdosa que apareció en un lado de la boca de Toh Dieb.

Y todavía la estaba mirando, como alucinado, cuando oyó las rápidas pisadas tras él. Se volvió hacia allí, y vio a Stan Darrell y otros agentes, pistola en mano, mirando vivamente a todos lados.

—No os preocupéis —susurró—. Todo ha terminado.

Darrell se acercó y se arrodilló junto a su compañero y el oriental.

—¿Qué ha pasado?

—Cianuro. Forma parte de la vieja escuela de espionaje. Ya no se usa..., salvo en ocasiones muy excepcionales, y por fanáticos muy excepcionales. Y éste lo era.

—Entiendo... ¿Has conseguido algo?

—¿Algo? No... No lo que yo quería conseguir, al merlos. Pero he aprendido una buena lección de espionaje.

—¿Qué lección?

—Salgamos de aquí.

—¿Salir? Pero antes has dicho que teníamos que buscar la radio, y algunas otras cosas que pudieran...

—No, no... Salgamos de aquí... ¡Y corriendo! ¡Vamos!

Fue el primero en hacerlo, por la puerta-ventana que daba al jardín. Los demás

g-men

quedaron un instante inmóviles, desconcertados. Larry reapareció en el umbral.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Todo el mundo fuera!

A toda carrera, los agentes del FBI, abandonaron la casa, cruzaron corriendo el jardín, salieron de la villa. Llegaron jadeantes a la avenida, y se detuvieron, pero Lambert les gritó que se alejasen más. Por fin, casi a cien yardas, él dejó de correr, y se volvió hacia la casa, imitado por todos.

—Pero ¿qué demonios? —empezó a jadear Darrell.

—Esperad.

Tres minutos más tarde, seguían esperando. Los agentes del FBI miraban desconcertados a Lambert, que tenía fruncido el ceño. Uno de ellos abrió la boca, para preguntar algo...

Y fue en aquel momento cuando la casa saltó por los aires, convertida en astillas, envuelta en humo y fuego.

—Es una buena lección de espionaje... y de odio —susurró Larry Lambert—. Pero no creo que la utilice jamás. No me sirve.

—Santo Dios —gimió Darrell—. ¡Era una trampa!

—Lo que se llama morir matando. No: no me sirve.

ESTE ES EL FINAL

—Todo terminado del todo —concluyó Bassey—. ¿Cómo va la pata? Tim Carroll le dirigió una furibunda mirada.

—No tan bien como tus pezuñas —gruñó—. ¿No hubo más heridos, ni nada...?

—Tú fuiste la única víctima..., por nuestra parte, se entiende.

—Me aleg...

—Pe... pero el señor Lambert corrió... un grave peligro —intervino Natalie Arnold.

Carroll, su esposa Gertrie, y Bassey, miraron desconcertados a la muchacha, que se había presentado en la casa de los primeros, sin más aviso. Tenía un buen chichón en la frente, cubierto con esparadrapo, pues el golpe de pistola propinado por Wollmer había abierto la piel. Pero por lo demás, estaba encantadora... Y no hacía más que alargar las orejitas cuando le parecía oír la llegada de un coche.

—¿Un grave peligro? —murmuró por fin Bassey.

—Sí... Con todo eso de ir remolcados por la lancha guardacostas, y... y... Bueno, si el señor Lambert hubiese caído al mar...

—Si el señor Lambert hubiese caído al mar —masculló Tim Carroll—, ¡ay del mar!

—Pe... pero él sabe tan poco de bucear y cosas así...

—Oiga, señorita Arnold —saltó Bassey—, ya está bien de dejarse tomar el pelo: en todas las Hawai no hay nadie que pueda enseñarle a Larry, a bajar a ciento cincuenta pies de profundidad y allá hacer tiempo, matando a un tiburón a puñetazos.

—Pe... pero él dijo...

—Ese tío es un embustero —diagnosticó Carroll.

—Y ahora que recuerdo —se dio una palmada en la frente Bassey—. Me dijo que esta noche no iba a poder venir a verte, Tim.

—¿Larry no puede venir? ¿Por qué?

—Yo creo que está chiflado —diagnosticó ahora Bassey—. Tiene que estarlo. Me dijo no sé qué de que se había comprado uno de esos musicassettes con música polinesia, y que se iba a una playa privada a tener su propia fiesta del coral, o algo así, con la luna, las estrellas... ¿Qué le pasa, señorita Arnold?

La muchacha, que se había puesto en pie de un salto, se detuvo a mitad del camino hacia la puerta, y se volvió, con los ojos muy abiertos.

—Yo... yo... yo... yo... ¡Oh, tengo que irme!

Y se marchó a toda velocidad; Los dos

g-men

se miraron, y se guiñaron el ojo. Gertrie se echó a reír:

—Me parece que ya no será negocio para mí pedir el divorcio, Tim —dijo—. Acaban de birlarme a Larry.

—Muy graciosa —graznó el—

g-man

. ¡Muy gracioso...!

Ya no pudo seguir, porque su esposa lo estaba besando. Bassey se puso en pie, los miró, refunfuñando algo, y se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió, para contemplar el largo beso que parecía que no iba a terminar nunca.

—Al demonio —refunfuñó—. Todo el mundo lo pasa bien menos yo.

* * *

—¿Lo está pasando bien, señor Lambert?

Lawrence Lambert, tendido en la playa privada de los Arnold, con una botella de champán, dos copas, y un aparato que emitía en tono bajísimo de ukeleles, alzó la cabeza, y miró a Natalie, que se había detenido junto a él, jadeante.

—Siempre se puede pasar mejor —replicó—. ¿Una copita? De champán, no de «Lambert's Devils».

Natalie se sentó en la arena, junto a él, y aspiró profundamente el olor del mar. Había luna, miles de estrellas, un resplandor anaranjado sobre ellos... La música, el rumor del mar. Estaban solos con todo eso. Y con el champán, que le sirvió Lambert. Bebieron cada uno un sorbo, mirándose.

—¿Sigo pareciéndole un sujeto agradable? —preguntó de pronto él.

—Más que nunca —susurró ella. El

g-man

asintió con la cabeza, tiró su copa hacia el mar, y dijo:

—No digas que no te lo advertí, yo, cuando me lanzo, me lanzo. Y se lanzó.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...